

La Ilustración Artística

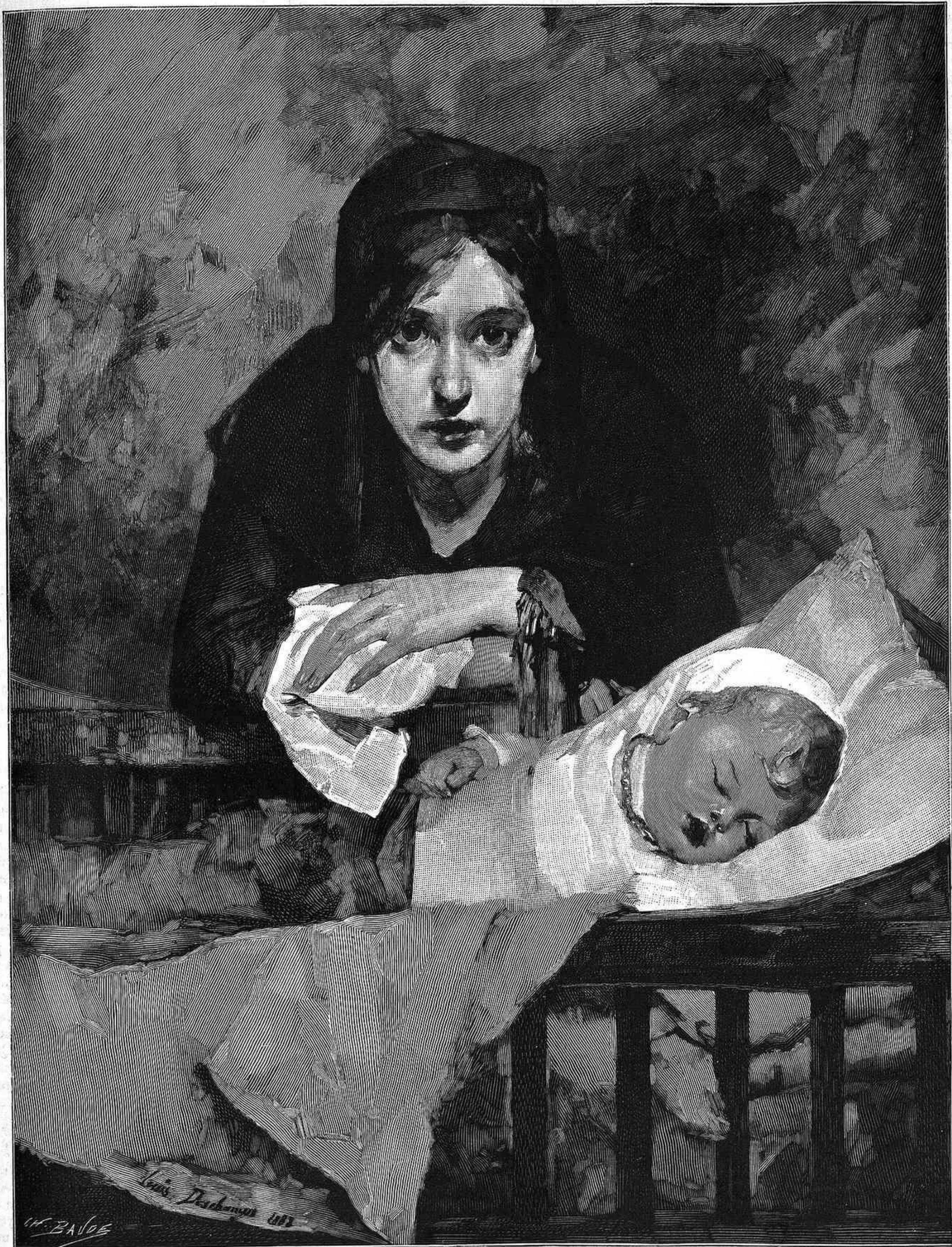


Artística

AÑO XXI

BARCELONA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1902

NÚM. 1.080



MADRE, cuadro de Luis Deschamps

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Evocaciones*, por Emilia Pardo Bazán. — *Por si acaso...*, por J. Sánchez Gerona. — *Crónicas andaluzas. Cantadores y bailadoras*, por J. Gestoso y Pérez. — *El último día*, por Emilio H. del Villar. — *Doctor D. Federico Rubio*. — *Nuestros grabados*. — *Noticias necrológicas*. — *Problema de ajedrez*. — *Vía libre*, novela ilustrada (continuación). — *Seguro contra los accidentes de ferrocarriles*.

Grabados. — *Madre*, cuadro de Luis Deschamps. — Dibujo de Gili y Roig que ilustra el artículo titulado *Por si acaso...* — *En las afueras del Guadalquivir*. — *Camino de Alcalá de Guadaíra*, cuadros de García Rodríguez. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado *Crónicas andaluzas. Cantadores y bailadoras*. — *Dr. D. Federico Rubio*. — *El primer juguete*, cuadro de Esteban Novo. — *Triste hogar*, cuadro de Luis Deschamps. — *El memorialista*, cuadro de Beaury-Saurel. — *Amor de madre*, grupo en mármol. — *Luis Deschamps*. — Vistas fotográficas del viaje de S. M. el rey Alfonso XIII á Burgos. — *Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas*, relieve de C. J. Pibworth.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EVOCACIONES

En esta época del año, París — que según opinión general *está triste* y donde sólo se encuentran ingleses de Inglaterra — me gusta lo mismo que cuando la alegría mundana le rebosa; con el bullicio de sus fiestas primaverales. Verdad es que aquí las fiestas, que serán un encanto para quien reside habitualmente, son para el turista curioso y que quiere traerse la ropa necesaria una complicación.

¿A qué venimos aquí? No á presentarnos en un *raout* más, sino á estudiar y mirar despacio lo bueno que esta metrópoli encierra. Cada año, nuevas adquisiciones, manantiales afluentes al Sena, acrecen el caudal que podemos llamar *nuestro*; como que lo disfrutamos sin trabas y sin esos mil obstáculos que en países menos adelantados se interponen entre el aficionado y el objeto de arte.

* *

En un Museo tan conocido como el del Louvre, siempre hallo mucho nuevo. Va mejorando la distribución y arreglo de sus cuadros, cristalerías y escaparates, el decorado de sus salas, y sin interrupción lo enriquecen legados y donativos de particulares, amén de lo que adquiere á veces con los fondos que ponen á su disposición generosos é inteligentes millonarios, y con buen gusto y tino, por lo general. La prosperidad, el tacto y celo de su administración, llaman por el dinero, y aquí (no tanto, á pesar de todo, como en los países sajones) va aclimatándose la contribución voluntaria de los poderosos, en beneficio de la educación y el goce artístico de la colectividad.

* *

Este año encuentro en el Louvre, ya debidamente instalada, la herencia de un individuo de la opulenta familia Rothschild. Esta familia había hecho ya al Louvre el regalo inestimable del célebre tesoro de Bosco Reale, una de las más importantes colecciones que conozco, y dicen que de las más auténticas (en tales cuestiones, á pesar de mi afición, prefiero hablar por referencia). Es el tal tesoro (compuesto de objetos de plata cincelada, que se encontraron en Pompeya y que formaban la colección griega de un *amateur* latino) una pura maravilla, conjunto de piezas tal vez únicas, y que demuestra, si demostrarlo hiciese falta, cómo en arte nada podemos idear que la antigüedad no haya realizado. Los plateros modernos se dedican ahora á reproducir los modelos de Bosco Reale, incapaces de emularlos, porque no cabe superar su perfección, ni crear en argentería mayor hermosura. Cuando esta colección salió al mercado, el Museo no disponía de la suma, relativamente mínima, de medio millón de francos, que pedían por ella. Acudió á la caja de Rothschild, y la halló dispuesta á sufrir la sangría: aflojaron el medio millón, con la propina de veinticinco mil francos, destinados á arreglar, remontar y limpiar como corresponde los objetos, quitándoles la suciedad secular y dejándoles la dulce pátina que da todo su sentido á las líneas y á las formas.

Después, á su muerte, Rothschild legó algo más personal, la colección que ahora veo colocada, y en

la cual figuran bastantes joyas españolas. De verdaderas joyas se trata; lo que llena la gran vitrina central son en su mayoría objetos de plata, oro y esmaltes, enriquecidos con perlas y pedrería. Siempre oí susurrar en Madrid, á los anticuarios, que Rothschild era un parroquiano incomparable, pero que era preciso llevarle el objeto antes que nadie lo conociese — y se lo llevaban, es decir, como escribo desde París seré más exacta diciendo que se lo traían. — Si la odalisca merecía ingresar en el harén, aquí se quedaba, fuese cual fuese su precio. A poblar de beldades españolas el harén de Rothschild, del cual hoy disfruta gran parte del público, contribuyeron la ignorancia y el abandono consuetudinarios en iglesias y conventos, la ruina de familias ilustres, la codicia de los chamarileros, la penuria é indiferentismo del Estado, todas las causas que, como nadie ignora, van despojándonos de las ricas preseas que el pasado nos dejó, y dispersando por el mundo el polvo áureo de nuestra grandeza.

* *

La colección nuevamente instalada en el Louvre á que vengo refiriéndome, se compone de portapaces, rosarios, efigies, navetas, broches, collares, incensarios, relicarios y tapas de libros. Aunque tan escogida, tan fastuosa y, en su género, á la mayor altura que cabe alcanzar, no creo que pueda compararse en rareza al tesoro de Bosco Reale; pero de fijo representa mucho más dinero. Cada una de estas preciosidades del Renacimiento y de la Edad Media le costaría un sentido al generoso legatario, el cual, no satisfecho aún, consignó en su testamento el bonito pico de un millón de francos para decorar la salita en que había de instalarse la colección. Parece que se quiso cumplir la voluntad del magnate de la banca, pero se tropezó con la imposibilidad física de gastarse esa cantidad en el decorado de un reducido aposento, cuyo techo además estaba ya adornado con hermosas pinturas. Se revisaron las puertas con madera tallada; se colocó un friso también de maderas... y ya no se supo qué hacer, aunque yo creo que algo pudo haberse hecho, especialmente en las puertas, para invertir la suma. Á fin de liquidar el remanente, se compró un tapiz gótico, de gran mérito, que representa «el milagro de los panes y los peces», y se fijó sirviendo de fondo al aposento, frente á la ventana. En la mayor parte de las salitas del Louvre se ven tapices, colocados así, armonizando con los objetos expuestos.

* *

De los Rothschild procede también una colección de antigüedades árabes y chipriotas que llenan otra sala, y que he registrado con el interés, difícil de justificar en quien no posee conocimientos especiales, pero efectivo y creciente, que me inspira este aspecto del arte. No es, por cierto, muy común mi inclinación. De cien personas que entren en el Louvre, noventa y ocho se van á los salones llenos de cuadros, joyas y esmaltes, y dos toman el camino de las salas egipcias, persas, asirias, caldeas y griegas. Yo, con suma frecuencia, prescindo de la pintura y me voy hacia los extraños restos de las civilizaciones fenecidas y de los pueblos olvidados. Cuanto más los miro, más se me figura que los interpreto á mi modo, no científico, sino imaginativo. Y ya no es poco lograr que el mundo antiguo despierte y exalte nuestra imaginación.

* *

El Louvre reúne, en arqueología, riquezas incalculables. La constancia del gobierno, siempre atento á estimular, costear y recompensar los esfuerzos de los exploradores, es digna de esta gran nación, determinada á no decaer, en ningún terreno, ante el mundo. Dondequiera que Francia puede sentar el pie, enviar misiones, delegar sabios, lo hace con provecho, y como este impulso se comunica, los particulares á su vez ofrecen á la nación, que sabe estimarla, contribución espléndida.

Ahora mismo está funcionando en Egipto el eminente orientalista Maspero, por cuenta del gobierno francés. No le basta al gobierno la cantidad de antiguallas egipcias que posee, y entre las cuales descuellan preciosidades como la estatuita en madera de la *Sacerdotisa*, la de la *Reina* envuelta en un espléndido traje de oro, y la célebre del *Escriba*, dechado de realismo, insuperable, que ningún artista moderno podrá ponerle la ceniza en la frente al ignorado artista faraónico que la modeló. No le bastan, digo, y quiere continuar la tradición que proce-

de de la memorable expedición de Bonaparte, ahondando el conocimiento, entonces iniciado, del misterioso Egipto. Y Maspero, desde las orillas del Nilo y al pie de las Pirámides, escribe muy satisfecho de sus trabajos, y alabando la buena voluntad de los ingleses, que no sólo le ayudan en su faena, sino que le regalan dinero, fuertes sumas, para cooperar al buen resultado.

* *

Porque todo ello cuesta mucho; es un ramo del presupuesto..., un ramo correspondiente á la sección de *ideal*, crearán algunos... Verdaderamente lo que indica es buena circulación del dinero, sangre de las naciones. Tener siempre disponibles, para tales empresas, fondos suficientes, es decoro y es blasón. Las naciones fuertes, bien constituidas, se conocen en esto; en esto y en la pedagogía, muy principalmente.

Nunca podré consolarme de que España, donde el suelo está preñado todavía de revelaciones, haya dejado dispersarse su hacienda arqueológica; y menos mal cuando la recogieron manos inteligentes, para conservarla y lucirla. Visitando el Museo de Tarragona, decíame quien me lo enseñaba: «Lo que ve usted aquí es la milésima parte de lo que existe aún y que se descubriría excavando y rebuscando. Y esto, después de que, por espacio de ocho largos años, fué arrojada á las aguas del puerto, para formar la escollera, la Tarragona romana, en carretas que iban llenas de fragmentos de estatuas, de tios de cacharros, de pedazos de bronce, de trozos de lápidas inscritas...»

* *

En el Louvre, como se saluda á antiguos conocidos, saludo á los objetos *nuestros*, donde encuentro grabada la huella de nuestra alma peninsular... La perla del arte ibero fenicio es la cabeza de mujer, el famoso busto de Elche. Uno de los más exquisitos marfiles es la arquita hispano-árabe, un tiempo perteneciente á D. Juan Facundo Riaño. El busto de Elche, como todos saben, pudo quedarse en nuestra patria por una friolera. Verdad es que acaso entonces permanecería en el olvido que rodea á los monumentos encontrados en el Cerro de los Santos, y que tan curiosos me parecen.

Se ha discutido su autenticidad; y recorriendo el Museo del Louvre, recuerdo mucho esa colección de figurones, ídolos, fetiches solares, estatuas sacerdotales, ó lo que sean; porque en el Louvre se conservan cuidadosamente, sin soñar en eliminarlos, objetos que los inteligentes tienen, sin género de duda, por supercherías modernas. La conocida tiara de oro de Satafarnés — fabricada ayer, en Odessa — es el más claro ejemplo de este criterio conservador. Allí está, bajo un mismo fanal, con los pendientes y el collar, auténticos, y que sirvieron para inspirar tan bella falsificación. Porque la tiara será moderna y contrahecha, pero no puede ser más linda, elegante y artística.

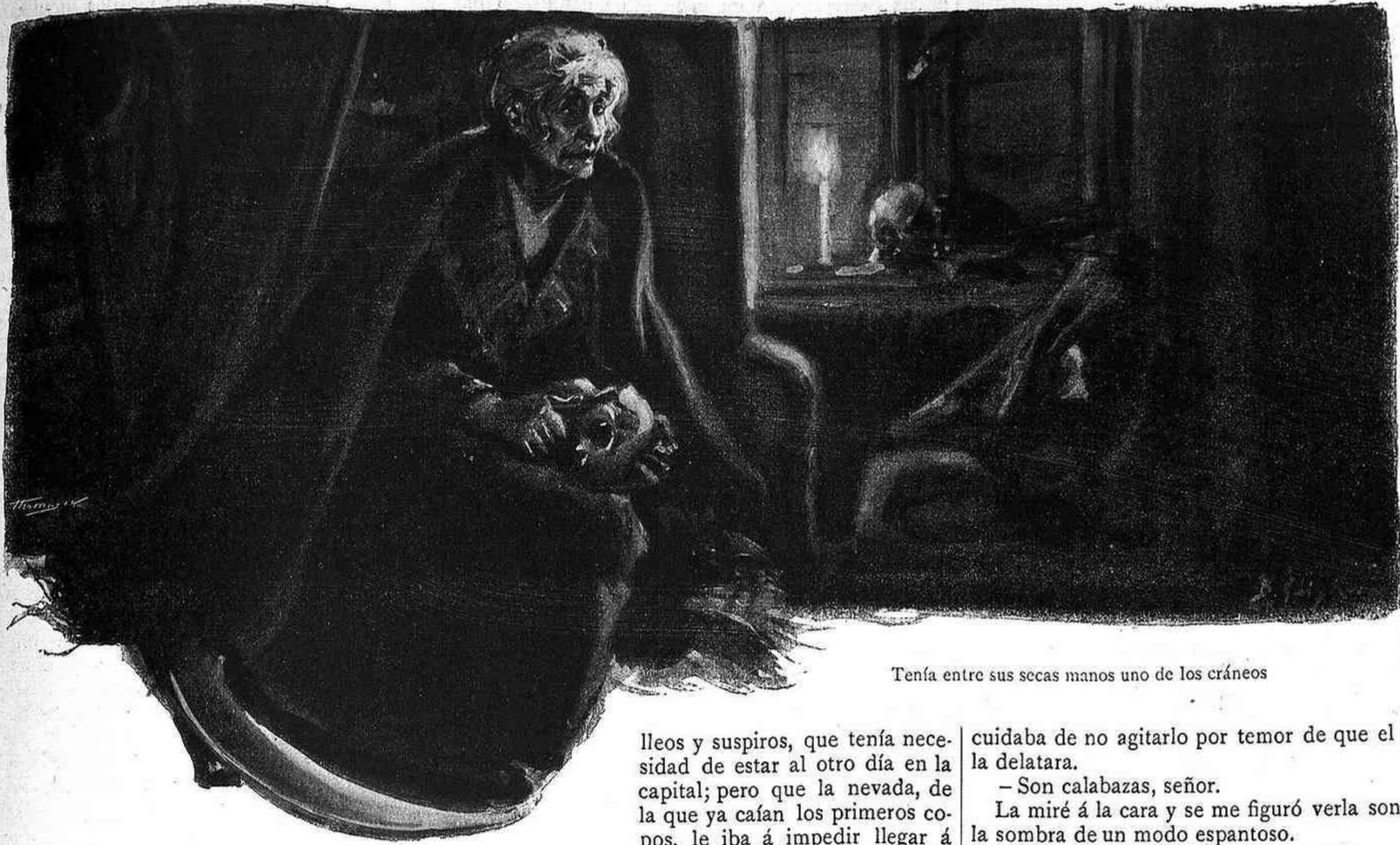
* *

Como á los remansos y huecos trae el mar los despojos de naufragios, así en este inmenso Museo, que tengo enfrente del cuarto que ocupo en el Hotel, van confluendo despojos de todos los tiempos y de todas las vicisitudes humanas. Lo que inspira el conjunto es, lo repito, el convencimiento invencible de que el arte no progresa, ó mejor dicho, de que la palabra *progreso* carece de sentido aplicada al arte. El arte llega á lo más hondo siempre, de una vez, con rapidez fulminea. En este punto no podemos atribuirnos superioridad alguna sobre las edades pasadas. Nuestra vida es más grata... ¡quizás!... que la de un contemporáneo de Ramsés ó de Amenofis; pero ¿qué joyero de la calle de la Paz, en París, ideará cosa más *modernista* que las cucharas y los espejos egipcios que acabo de ver? ¿Qué arquitecto ó qué adornista actual vencería al arquitecto de ese templo de Apolo Dídimo, cuyos fragmentos se ostentan en la sala de Rothschild?

* *

Y ya que he nombrado tantas veces á esta familia israelita acolchada de billetes de banco, no quiero dejar de decir que millonarios así me agradan; sus millones no están ocultos; contribuyen á proporcionarnos ratos muy buenos... Diariamente nos convidan los Rothschild. ¡Gracias, oh inteligentes é ilustrados judíos!

EMILIA PARDO BAZÁN.



Tenía entre sus secas manos uno de los cráneos

POR SI ACASO...

- Voy á contarte una cosa verdaderamente extraña que me sucedió hace pocos meses.

Ya sabes cómo adoramos Emilia y yo á nuestro Fernandito: es el único hijo que nos queda, de los tres que han nacido de nuestro matrimonio. La difteria causaba estragos en los contornos, cuando un día empezó el niño á dar señales de hallarse atacado por esta cruel enfermedad. Mis dos hijos mayores habían muerto de ella; puedes figurarte el pánico que se apoderó de su madre y de mí.

Obscurecía cuando emprendí el camino del pueblo para avisar al médico. No quise confiar al mozo de labranza este cuidado, y por no hallar caballería á mano, partí á buen paso, esperando salvar en una hora el trozo de carretera que separaba mi casa de la del doctor. Cuando llegué, estaba ausente; había ido á un cortijo de la sierra para cumplir su misión cerca de otro enfermo.

Después de encargar eficazmente á la criada que no dejara de decir á su amo la urgente necesidad que teníamos en casa de sus servicios, volví sobre mi marcha, lleno de angustia por la suerte del enfermito.

Era ya noche cerrada; un viento helado hacía crujir las escuetas ramas de los árboles. El cielo estaba cubierto de espesos nubarrones; cuando cayese el viento, era seguro que comenzaría á nevar. Llevaba andada la mitad del camino cuando sentí, algunos metros detrás, una tos seca y violenta; y que unos pasos fuertes y desiguales seguían los míos.

A pesar de que mi andar era rápido, parecíalo más el de la persona que me seguía.

En el silencio del campo percibíase el ruido de sus zapatos sobre el suelo duro de la carretera, al par de un rumor sordo y acompasado que me infundió un terror inexplicable. Apreté el paso; pero los de mi seguidor se escuchaban cada vez más cerca, y también el extraño ruido que los acompañaba.

Pocos segundos después sentí en el suelo el temblar de sus pisadas rápidas, desatentadas, y que una voz de mujer, cascada y ronca, me decía:

- Buenas noches, señor.

La examiné cuanto me lo permitía la obscuridad de la noche, y vi que era una vieja de seis pies de estatura, á pesar de hallarse bastante encorvada, delgada en extremo, pero vigorosa, á juzgar por su poca fatiga después de tan acelerada carrera. Llevaba al hombro una guadaña ó dalle de los que se usan para segar las mieses, y colgando del brazo izquierdo un saco abultado, cuyo contenido hacía, al ser agitado, el ruido que me había llamado la atención. Entonces se oía claro y distinto á cada movimiento del cuerpo, pero continuaba siendo para mí un misterio lo que lo producía. Era un sonido como el del chocar entre sí varios cocos vacíos ó inmensas nueces huecas.

Contesté á la salutación de la vieja de mala gana, y ella, en seguida se puso á contarme, entre mascu-

lleos y suspiros, que tenía necesidad de estar al otro día en la capital; pero que la nevada, de la que ya caían los primeros copos, le iba á impedir llegar á

tiempo, porque tendría necesidad de dormir en alguna casa de labor. Durante un cuarto de hora fué hablando sola, lamentándose del frío y de los sinsabores y molestias que le procuraba su maldito oficio.

Yo marchaba á su lado sin oírle apenas, preocupado como iba con la dolencia de mi hijo.

Algunas veces me sacaba de esta preocupación el continuo cencerreo del costal, que me hacía olvidarlo todo para pensar lo que podría ser aquello que hasta tal punto crispaba mis nervios.

Entonces pensaba en la extraña figura de mi adlátere. En verdad que había para despertar la atención del más indiferente. Su edad, su traje, la hora de viajar, su prisa y, sobre todo, el dalle corvo y brillante que empuñaba su diestra, hacíanla parecer la visión de un calenturiento, la... ¡vaya!, te lo diré de una vez: se me había metido en la cabeza una idea que no podía desechar; creía ver en ella la imagen de la muerte.

Las últimas palabras que pronunciara me dieron pie para interrogarla.

- ¿Y cuál es su oficio de usted?

- ¡Ah! La ocupación que Dios me ha deparado es muy triste...

No dijo más, y yo no me atreví á preguntarle temiéndome que añadiese: «Es la de cortar la vida de los mortales.»

La nieve caía con más abundancia y nuestro caminar era cada vez más precipitado. Yo sudaba debajo de mi capote; la vieja debía sentir el frío colarse por entre sus guñapos.

Varias veces experimenté el deseo de invitarla á que pasara la noche en mi casa, y siempre una invencible repugnancia me había impedido hacerlo.

Comprendía lo infantil de mi terror hacia una pobre mujer que, sin mi auxilio, iba quizá á perecer entre la nieve que blanqueaba á todo lo largo del camino, y haciéndome cargo de conciencia que tan desatinada idea fuera causa de una próxima desgracia, hice un esfuerzo sobre mí y la brindé con un albergue para pasar la noche.

- Dios se lo pagará á usted, caballero, me dijo con voz quejumbrosa. ¡Si usted viera cuánto trabajo me cuesta ganar la vida!

- ¿Pero en qué se ocupa usted?, le pregunté nuevamente sin poderme contener.

Titubeó un poco y luego me contestó con su acento llorón.

- Compró cosas usadas y luego las vendo en la capital, señor.

¡Bah! ¡Qué cosa más sencilla! ¡Cómo era posible que me hubiese dado tanto que pensar semejante bobería!

Esto explicaba el que caminase cargada con una guadaña, cuando nadie pensaba en segar: la habría adquirido en cualquier caserío del camino..., pero ¿y el saco?

- ¿Qué es lo que lleva usted en el costal?

Entonces sí que se turbó la viajera. Lo noté claramente en el rato que tardó en contestarme y en que cesó el ruido de lo que dentro llevase. Sin duda

cuidaba de no agitarlo por temor de que el sonido la delatara.

- Son calabazas, señor.

La miré á la cara y se me figuró verla sonreír en la sombra de un modo espantoso.

Ya no volvimos á hablar hasta que llegamos á la puerta de la alquería. Dí orden al mozo de que la alojase en una habitación baja, pero abrigada, donde se guardaba heno, sobre el que podría dormir cómodamente, y subí á la alcoba del enfermo. Su madre le velaba, enjugándose de vez en cuando las lágrimas que se escapaban de sus ojos.

- ¿Cómo está?, le pregunté.

- Ahora duerme, pero parece más fatigoso. ¿Y el médico?

- Vendrá en seguida. Acuéstate; si ocurriese alguna novedad, te llamaré.

Después de bastante resistencia se retiró á descansar algo, para poder pasar la madrugada junto á la cuna.

El más profundo silencio reinó en la casa; sólo se oía allá á lo lejos el ladrido de los perros de ganado. Algunos minutos transcurrieron así. La lamparilla chisporroteó y la alcoba quedó solamente alumbrada por la llama ondulante de la chimenea.

De pronto llegó á mis oídos un ruido sordo que parecía provenir del piso bajo; un ruido monótono, apagado por la distancia, pero continuado, sugestivo, como lo es el cuchicheo de dos personas que se hablan en secreto cerca de uno.

Escuché con atención. Sonaba debajo de nosotros, en la sala donde dormía ó debía dormir la vieja huésped.

Me descalcé, cuidando de no rer sentido, y bajé la escalera, dirigiéndome cautelosamente á la puerta de la improvisada alcoba.

Dentro había luz y su resplandor se filtraba por las rendijas de la madera. A través de una de ellas miré al interior y quedé horrorizado.

Sobre el pretil de la ventana había encendida una mugrienta vela de sebo que alumbraba el espeluznante cuadro, digno del pincel de uno de esos artistas ingleses que se complacen en representar simbolismos de ideas terribles y horripilantes escenas.

Sentada sobre un haz de heno se encontraba la extraña viajera, á cuyos pies se veían seis ú ocho calaveras y unos cuantos huesos, contenido indudable del misterioso costal, vacío ya, abandonado en un rincón.

Tenía entre sus secas manos uno de los cráneos, del que arrancaba las últimas briznas de carne podrida, rascando pausadamente sobre él con un pedazo de hierro.

Aquel monótono ludir era el que se percibía desde arriba.

Detrás de ella, apoyada en la pared, la guadaña lanzaba su siniestro brillo, dándole al conjunto el fatídico aspecto de una verdadera aparición de la Parca.

Luego que se me pasó la primera impresión, pues me había quedado inmóvil de espanto, levanté el picaporte y entré, resuelto á aclarar el misterio.

La vieja, al sentir abrirse la puerta, dió un grito y trató apresuradamente de ocultar los espantosos restos humanos.

Me acerqué á ella y sacudiéndola por un brazo le pregunté con severidad:

- ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Yo se lo diré, señor. ¡No me pegue!... Ahora se lo diré todo, caballero.

Y con voz temblona, que quería hacer persuasiva, estremeciéndose con repeluznos de perro ratonero, comenzó su relación.

- Mire usted, buen señor: yo tengo que vivir... Ya ve usted..., los tiempos están malos... y ya, á la edad que una tiene... ¡Créame! Ya no puede una dedicarse más que á estas industrias que nadie quiere practicar..., que espantan á las personas honradas. Luego, en la capital, están los osarios tan vigilados... Por-

de las calaveras. La guadaña la he comprado por cinco reales á un chico que la llevaba, y espero sacar por ella lo menos diez en cualquier tienda de trapero.

Me daba asco y lástima la pobre mujer; así que me alejé cuanto antes de su presencia, después de recomendarle que no hiciera más ruido.

Volví junto á la cuna de Fernandito, encendí luz y le encontré despierto. Respiraba con más dificultad que antes; sus labios hinchados se agitaban como queriendo recoger el aire que necesitaban sus pulmones y en su carita amoratada se veían los síntomas de la congestión. Aquello era horrible.

Ya no se oía nada dentro ni fuera de la casa.

á la cuna, me sacó de estas febriles lucubraciones.

No tuvo más que acercarse al pobre niño para comprender lo que se había agravado en una hora.

- ¡Mi hijo se muere!, gritó como una loca.

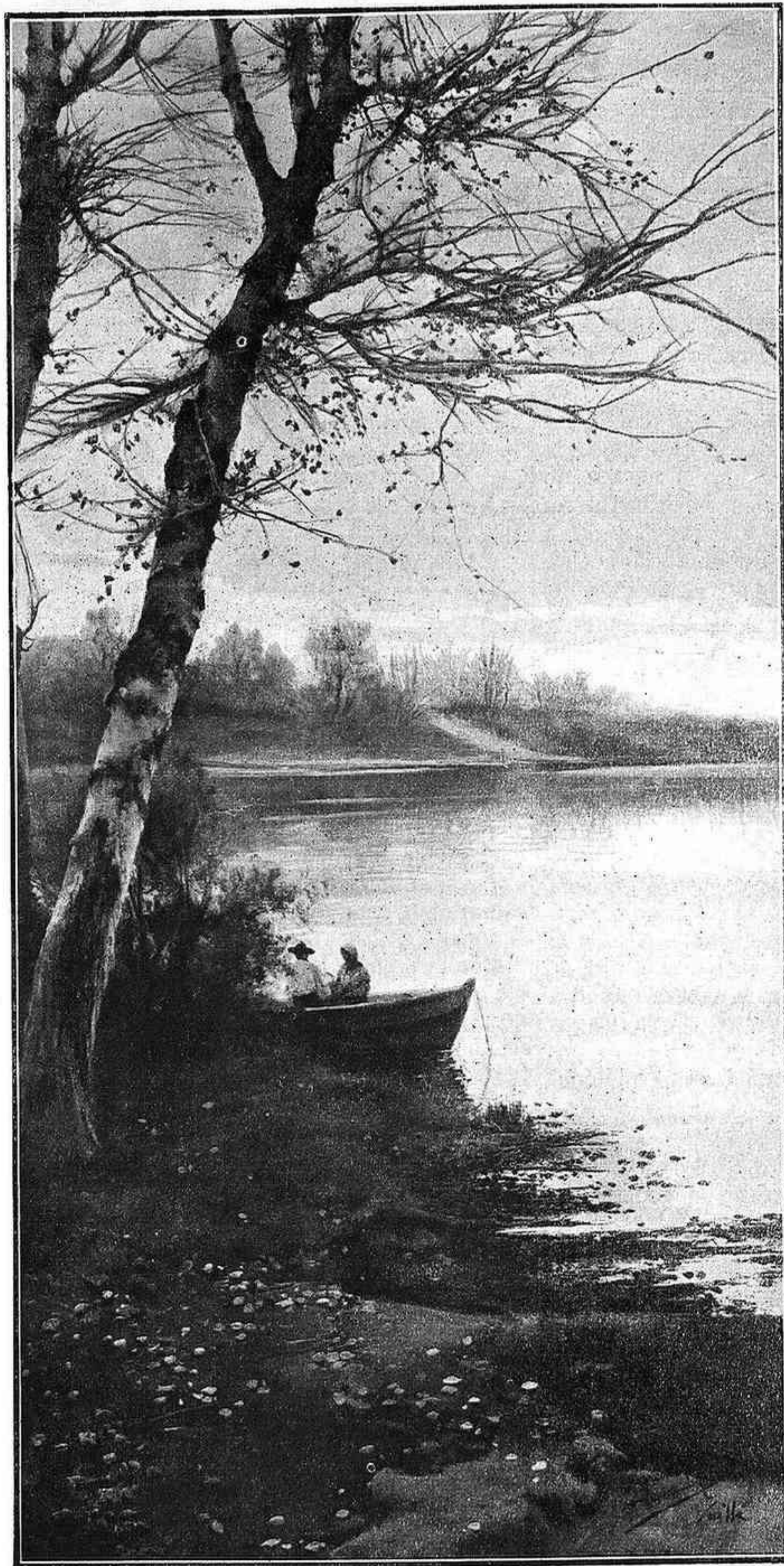
En vano quise tranquilizarla. No se puede persuadir á nadie de lo contrario de lo que se siente.

El pobre enfermito respiraba apenas. Su garganta, casi obstruída, no daba paso más que á un soplo de aire que entraba en su pecho con débil ronquido.

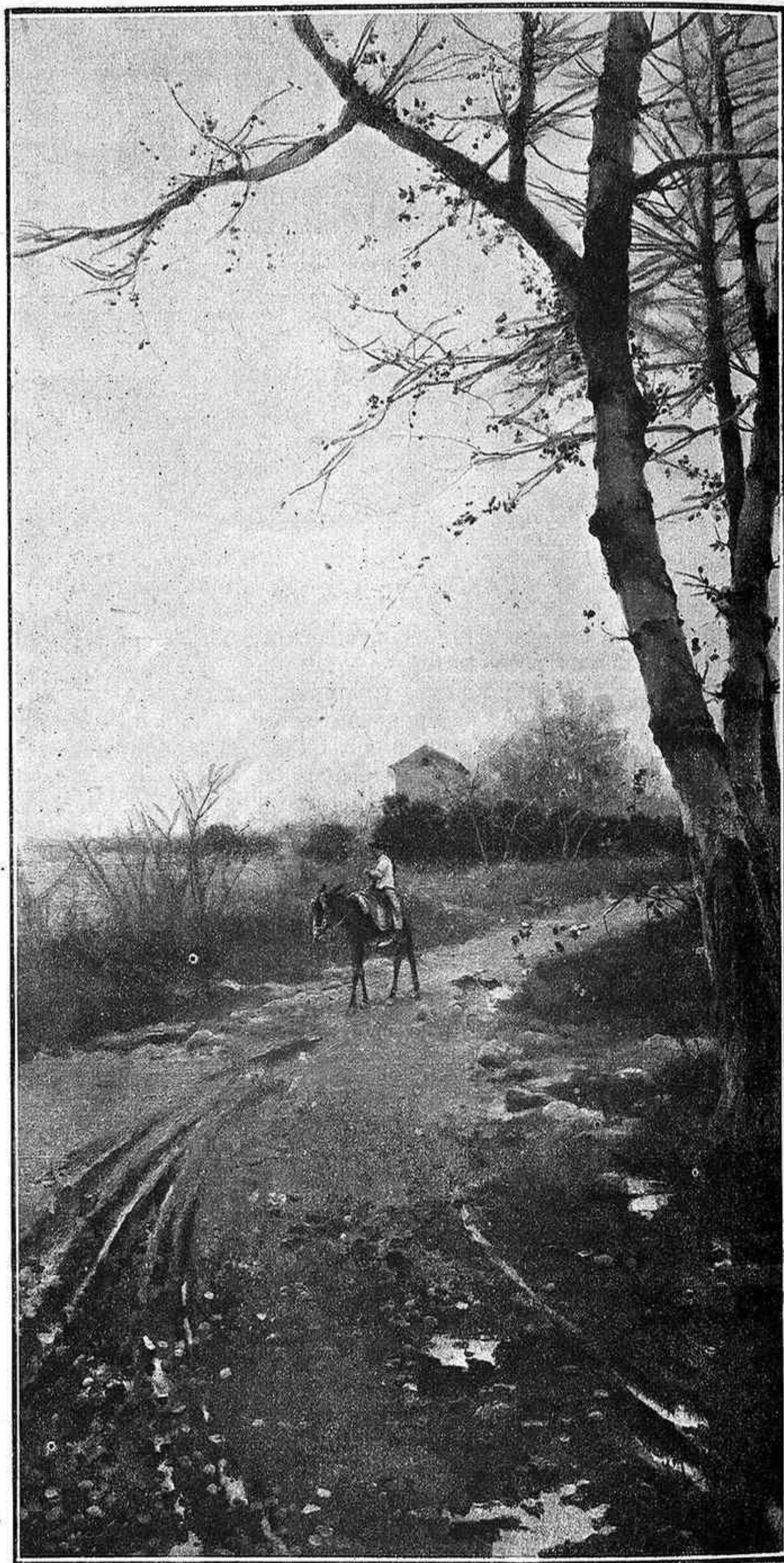
Hubo un momento en que pareció que todo se acababa. Emilia se abrazó á mi cuello sollozando:

- ¡Nuestro hijo! ¡Se muere nuestro último hijo! ¡Como los otros!

En medio de tanto dolor, volvió á mi mente la



EN LAS RIBERAS DEL GUADALQUIVIR, cuadro de García Rodríguez



CAMINO DE ALCALÁ DE GUADAIRA, cuadro de García Rodríguez

que los sepultureros son unos canallas..., unos malvados sin corazón que, si me sorprenden recogiendo huesos, me golpean. Los alumnos de anatomía pagan el género regularmente; y... ya usted ve..., es un modo de vivir como otro cualquiera... Yo vendo más barato que el conserje del cementerio..., y... ¡claro está! necesito gran surtido... Ahí tiene usted por qué tengo que ir por las aldeas... Unas veces á escondidas, otras con permiso del guarda del campo-santo, desentierro lo que puedo... Mire el buen caballero qué colección: cuatro fémures, otros cuatro húmeros y de costillas...

- ¡Basta!, interrumpí con asco viendo cómo me iba enseñando los hediondos despojos. Entonces, ¿por qué me engañó diciéndome que comerciaba en cosas usadas?

- Porque sé la repugnancia que mi industria inspira á todo el mundo. Por otra parte, añadió con una sonrisa helada, ¿le parece á usted que esto está poco usado?, y golpeaba con sus nudillos sobre una

Aquel silencio me zumbaba en los oídos y me parecía escuchar frases que no comprendía, pero que penetraban en mi cerebro sobreexcitado con la persistencia de una pesadilla, isócronas unas veces, como el tic-tac de un péndulo, otras atropellándose tumultuosamente; cada vez con mayor estruendo, cada vez más agudas, revueltas, con sonoridades cavernosas, hasta convertirse en trueno formidable, como el que produciría el Océano despeñándose desde el infinito sobre su alvéolo de peñascos.

Y entre el horrísono batallar y el nervioso cuchicheo que fingía el zumbido de mis oídos, danzaba una idea fúnebre que nada podía borrar, una idea que me apretaba el corazón y me atenazaba la garganta: que la muerte, encarnada, estaba allí, debajo de nosotros, y que era yo, ¡yo!, el que la había conducido hasta aquel sitio y el que la albergó cerca del hijo único cuya vida segaría la implacable guadaña...

El crujir del vestido de Emilia, que volvía junto

idea de antes. Recordé, sin saber la causa, las frases de la anciana: «El oficio que Dios me ha dado es muy triste...» ¡La muerte! ¡Estaba abajo!

Me separé de los brazos de la atribulada madre y bajé á saltos la escalera. Abrí de un puntapié la puerta, detrás de la que descansaba la misteriosa viajera.

- ¡Fuera! ¡Ahora mismo!, grité levantándola de los hombros. ¡Tome usted sus trebejos asquerosos y afuera!

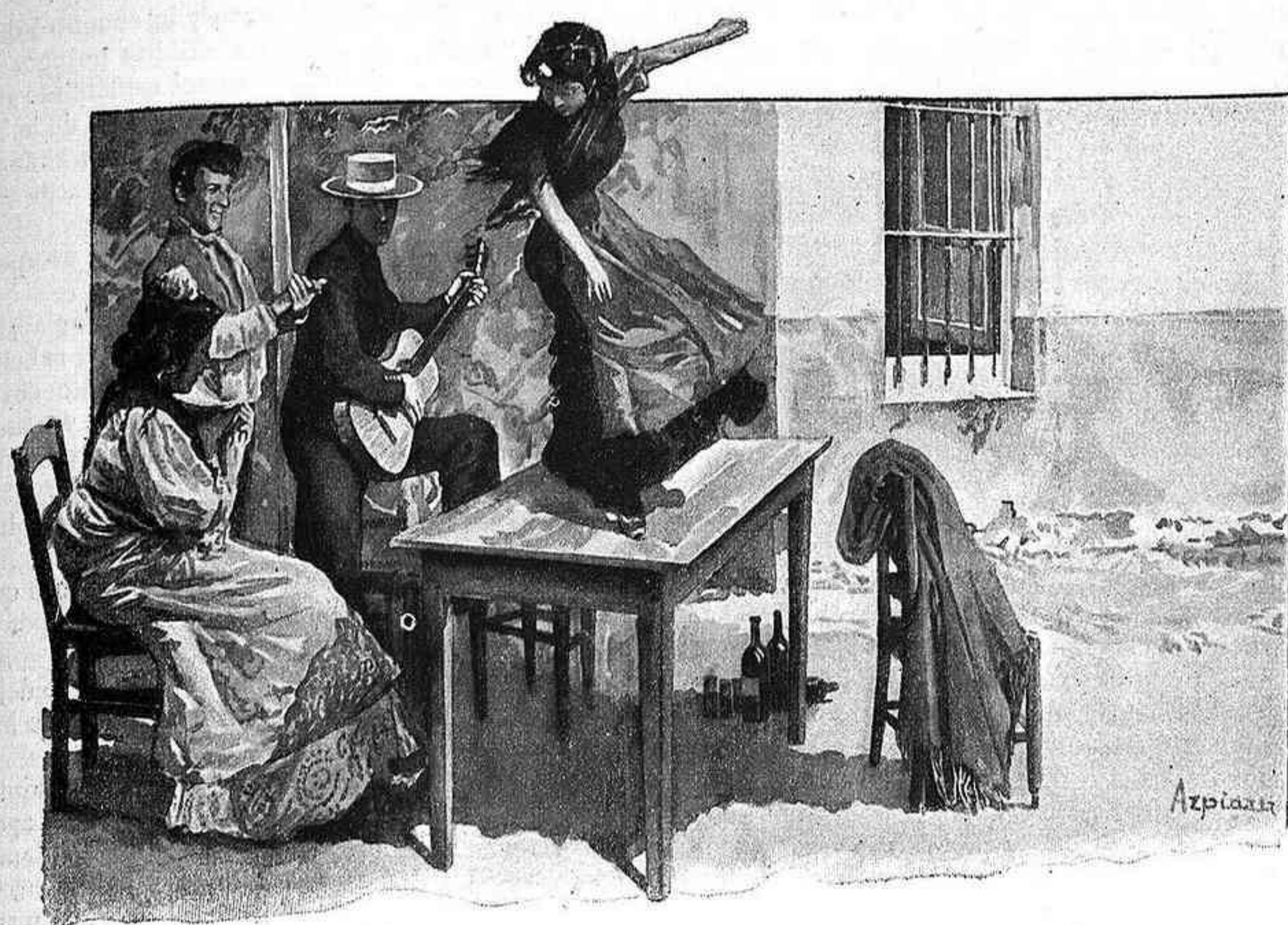
Mirábame ella con los hundidos ojos llenos de espanto; pero mi aspecto no debía dar lugar á vacilaciones, porque me obedeció sin replicar y salió.

La fatídica vieja se echó al brazo el costal; y requiriendo la guadaña, comenzó á andar con su paso largo y desquiciado por la blanca carretera.

Y al volver yo á la alcoba del niño, respiraba ya éste con más libertad.

J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Gili y Roig.)



La bailadora no cesa en sus movimientos

CRÓNICAS ANDALUZAS

CANTADORES Y BAILADORAS

Todos los pueblos, desde la antigüedad más remota, han hallado singular complacencia en ejecutar las dos acciones que se comprenden en el epígrafe de esta crónica.

Puede decirse que ambas son inherentes á la naturaleza humana: como lo es el sentimiento musical que sirve de base á las dos, el cual se ajusta y acomoda, de manera admirable, á la expresión de los distintos afectos del alma, reflejando á maravilla el estado de aquella, ya al sentirse poseída de júbilo, ya al experimentar el peso del dolor.

Todavía en algunos países, y aun en regiones españolas, los cantos y bailes denotan, á la simple vista, su antiquísimo origen por sus cadencias monótonas, sus guturales gritos, su sonsonete lento y acompasado, y sus variadísimas y difíciles inflexiones de voz, parecidas, si no semejantes, á las que brotan de los labios de hombres que viven aún en estado casi salvaje.

Pero no es nuestro intento el de bosquejar siquiera la historia de uno y otro arte, ofreciendo al lector el cuadro interesantísimo de las transformaciones que en ellos han venido ocurriendo para acomodarse al desenvolvimiento de las sociedades, reflejando como era natural el grado de cultura de los pueblos. Vamos sólo á emborronar el cuadro de típicas costumbres con que nos brinda el numeroso grupo de cantadores y bailadoras flamencos que á diario brotan, por decirlo así, en esta ciudad ó en otras andaluzas, desde donde se esparcen para lucir sus singulares facultades, transponiendo muchas veces nuestras fronteras. Bien puede decirse de ellos y de ellas que para llegar á la celebridad, para obtener envidiable reputación, han necesitado primeramente poseer la gracia natural, don de la Providencia, que no se aprende, que en ellos es innata, espontánea, porque sabido es que el artista (valga la palabra aplicada en esta ocasión) «nace y no se hace.» Contando ya con aquella cualidad, unos y otras proceden del mismo origen, son hojas del mismo árbol y se forman y desarrollan casi de la misma manera.

Sus aptitudes y facultades empiezan á manifestarse desde la infancia; y así vemos frecuentemente al desarrapado y andrajoso chicuelo de doce á catorce años, de bronceada tez, de negros ojos, de nariz aguileña, pómulos salientes y gruesos labios, rasgos que delatan su origen gitano, el cual, abandonando su triste é infecto hogar, busca el sol que le caliente y aire más respirable que el del tugurio, y parado en la esquina de alguna calle de las de mayor tránsito, entona con vibrante voz esos cantares aprendidos en la cuna, modulando sus acentos con los tonos más melancólicos y expresivos, que sólo enseñan la desgracia y la miseria. Ellas fueron sus maestras y ellas las inspiradoras de sus cantos; así, en vano será que los favoritos de la suerte traten de imitar sus tristes acentos, los cuales, como no sentidos, serán falsos y, por consiguiente, sin el encanto de la verdad.

Las gentes forman corro en derredor del mozalbete, y es cosa de ver cómo aquél se crece y cobra

alientos, y se esmera y afina la voz, produciendo arpegios tan originales, tan variados, que la escala musical no puede trasladar á las inflexibles líneas del pentagrama. ¿De quién los aprendió? De nadie. Brotaron de su innato sentimiento musical. Con él solamente dió forma á las mil combinaciones que se le ocurrían, semejantes á los gorjeos y trinos de las aves.

Como ellas libre, inconsciente, ignorando todo principio y toda regla, saltando por encima de las leyes armónicas, produjo, sin embargo, armonías á su manera, acomodando las inflexiones de su voz á la letra de sus cantos, las más de las veces por él improvisados.

Amores que por su edad no pudo sentir, pero que su pasmosa precocidad adivinó; desdenes y desengaños, tristezas de la muerte, de la miseria, de la cárcel...

Tales son los temas de sus cantares, que llevan en el fondo, ora la melancolía de irrealizables aspiraciones, ora el sarcasmo del escepticismo, ora el peso abrumador de la desdicha.

He aquí el origen del cantador *neto* y *castizo*, del verdadero, del genuino, del que hace brotar lágrimas en el corro de espectadores, del que llega á lo hondo, hiriendo con sus frases y con sus acentos las fibras del corazón de aquellos que como él sienten, porque como él se criaron, y como él, puede decirse, que saltaron desde la cuna al fango del arroyo.

Así le aplauden y le jalean; y tales muestras de simpatía y de elogios despiertan su orgullo de artista, estimulándole á perfeccionarse, hasta adquirir popularidad en todo el barrio y fuera de él. Entonces le llaman en las tabernas, en las reuniones de la gente alegre y en las juergas, donde se derrocha el vino, se ahogan las penas y se olvidan las tristezas de lo presente y se desprecian las amarguras de lo porvenir.

En el estrecho camaranchón de la taberna, de muros y techos ennegrecidos, respirando la viciada atmósfera del alcohol y del tabaco, que se mezcla y confunde con los penetrantes perfumes de las mujeres y de la manzanilla derramada sobre las mesas; en medio del palmeteo de los jaleadores y de los acordes de la guitarra, encuéntrase el cantador en su elemento; y sentado en un banco, apenas cubiertas las carnes con miserables harapos, lleva el compás de sus cantos con una varilla ó un bastón en su diestra mano, medio entornados los ojos y alardeando de su maestría, acompaña á la mozueta que baila encima de las blanquísimas tablas de la mesa.

También ella habíase formado como él en el arroyo; después, de taberna en taberna, viviendo constantemente entre la crápula y la licencia, llegó á alcanzar fama de artista, de incomparable bailadora; siendo solicitada por la gente del bronce, por los sempiternos adoradores

de Baco, que hacían del tiempo no interrumpida saturnal, llamándola siempre, pues con ella iban la desenfrenada alegría hasta el extremo del frenesí.

Cuando aparecía en medio del corro, que anhelante la esperaba, recibíanla los hombres con atronadoras exclamaciones.

— ¡Ole!.. ¡Ole!.. ¡las mujeres de gracia!.. ¡Viva la sal de Dios!.. ¡Bendito sea tu cuerpo, *mare* mía de mi alma!..

— Ahora sí, decía uno, que vamos á ver la *verdá*.

— ¡Valiente *gachil*!.., exclamaba otro.

— ¿No ves qué ojos y qué boca se *trae* la niña?..

Mientras tanto las mujeres mirábanse á hurtadillas, con marcada expresión de despecho y de coraje al sentirse de aquella manera postergadas.

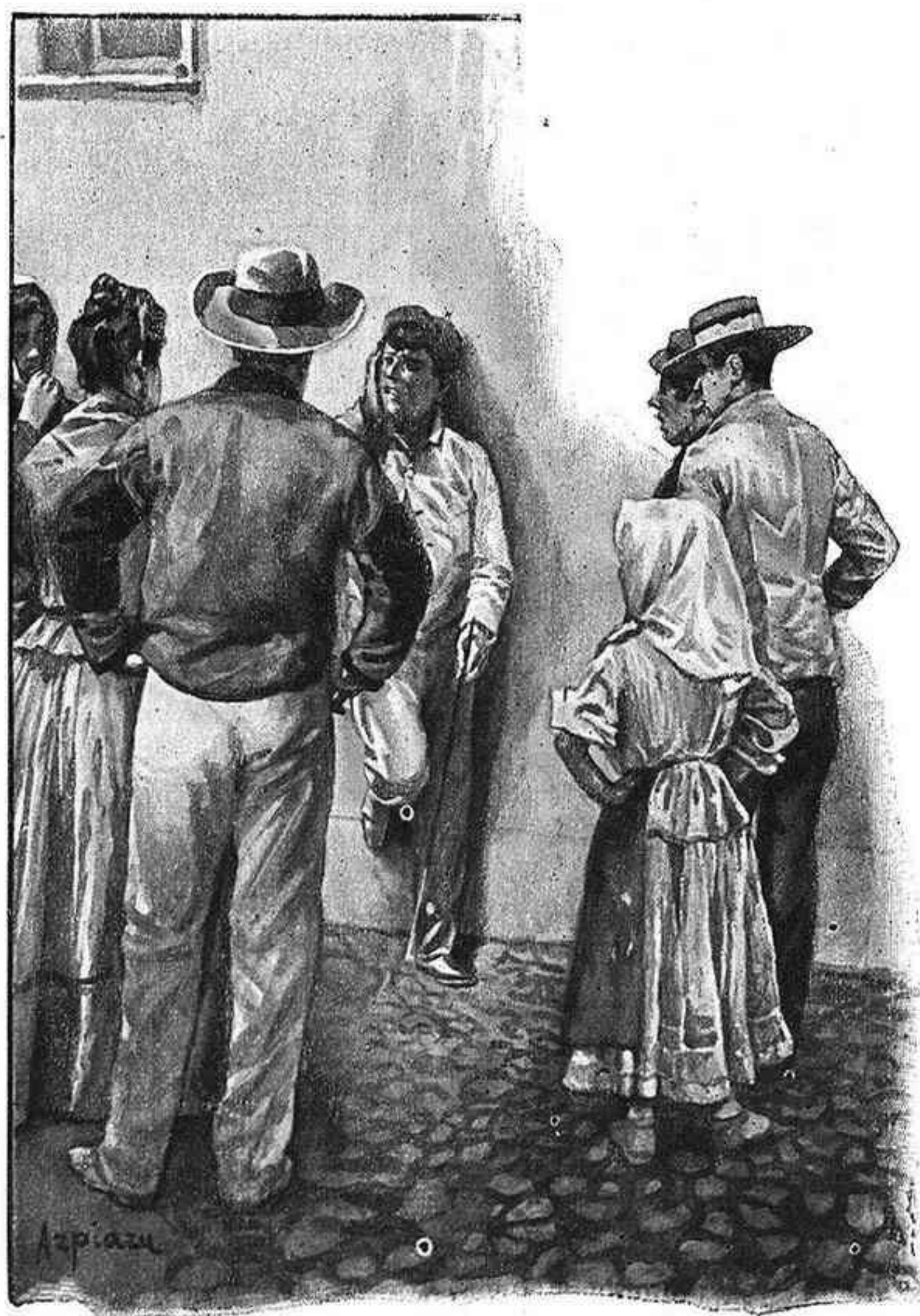
Comienzan á sonar las guitarras, con sus rasgueados y traspuntes, y el estrépito acompasado de las palmas y el taconeo con que se acompañan los cantadores, va aumentando cada vez más, y el vino se esparce y se derrama y el entusiasmo llega al delirio cuando de pronto, saltando agilísima sobre la gran mesa colocada en el centro de la sala, aparece la elegante figura de la bailadora. Echada atrás la cabeza, comienza á mover vertiginosamente sus menudos pies, que deja al descubierto la almidonada falda de percal blanco salpicada de lunares rojos, taconeando con singular presteza, haciendo estremecer las baterías de cañas de vino aprisionadas en relucientes bandejas de metal. La bailadora no cesa en sus movimientos, unas veces rápidos y otras cadenciosos; retuércese y se cimbra su cintura como flexible junco, tiemblan sus caderas, y sus brazos ya rodean la cabeza, ya se bajan hasta tocar las rodillas, y al levantarlos de nuevo, asiendo suavemente los pliegues delanteros del vestido, éstos suben y dejan ver hasta la mitad de las pantorrillas, al tiempo mismo que esparce sus miradas expresivas, de voluptuosos deseos, por todos los concurrentes, dominados ya por el influjo de los vapores del vino.

Así había alcanzado su fama; así Manuela la de Triana fué por algún tiempo el ídolo de los barrios sevillanos; así también aquel cuerpo de niña, con pasiones de fiera, corrió desenfrenadamente desde el arroyo á la taberna, desde ésta al tablado del café cantante y desde aquél al escenario de algún teatro extranjero; y cuando parecía llegada á la meta de sus aspiraciones, cuando vislumbró enloquecedores triunfos y soñó con tesoros, y su vanidad y su amor propios veíanse satisfechos y penetraba por un sendero de flores seguida de enloquecidos adoradores, halló el término de su carrera en un oscuro rincón del suntuoso cementerio de Génova, quedando de ella como único recuerdo una ya borrosa lápida en la cual difícilmente se lee:

Manuela Sánchez, bailarina sevillana, de 22 años de edad. — 14 de febrero 1878.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)



Las gentes forman corro en derredor del mozalbete

EL ÚLTIMO DÍA

I

El lo había querido y era cosa decidida. El 17 salía de Cádiz el vapor y con él abandonaría Fernando aquella odiosa vida de privaciones.

¡Apenas había costado berrinches y sinsabores la resolución! Nada había podido para el chico el amor de su madre, en la que no veía él sino una mujer pusilánime, dotada únicamente de ese cariño mal entendido, tan funesto á veces al porvenir de los hijos; nada sino exasperarle habían conseguido las reflexiones de su padre, á quien sólo consideraba como un infelizote, incapaz de sacar á su familia de la estrechez y cuya vida se consumía obscuramente entre su casa y la oficina.

Fernando aspiraba á más: sentíase con vocación de millonario. Lo que su padre no había sabido darle, iríalo á buscar él allende los mares, en esa América que se le representaba brindando desde lejos numerosos tesoros á todo el que se atreviera á ir por ellos.

— ¡Bueno, pues que se vaya!, dijo al fin el pobre viejo. Cuando la experiencia le desengañe, ya veremos de hacerle volver; y si por casualidad le fuera bien..., ¡quién sabe!

Y al decir esto, se le atragantaba la voz y volvía la cara para que no le vieran á su edad hacer pucheros.

La madre, abatida, pero sacando fuerzas de flaqueza, iba arreglando el equipaje de su hijo, le marcaba cuidadosamente la ropa blanca, y cada pieza que ponía en el baúl le costaba un hondo suspiro.

En la mesa solía reinar un silencio que partía el alma. A veces la hermanita menor lo rompía, haciendo inocentemente alguna pregunta sobre el próximo viaje, lo cual era renovar las heridas de todos los corazones. Fernando no contestaba ó sacaba otro tema de conversación.

Sus amigos estaban con él más cariñosos que nunca, se lo disputaban á cada momento para llevarlo á echar unas cañas ó al freidor por la noche, y le buscaban cada cual por su lado todas las recomendaciones posibles.

El chico se iba impresionando con todo esto, sus ideales palidecían y sentía en sus adentros escarabajarle un algo que le tenía sin apetito y desazonado, y despertarse por sus pobres padres, por sus amigos, por aquella humilde casucha que desde la infancia le había albergado, por su tierra toda, un cariño ternísimo.

Hasta las muchachas parecía que se esforzaban en verlo y hablarle con frecuencia los últimos días. Sobre todo Carmen. Con los pretextos más fútiles, para hacer á la madre de Fernando cualquier pregunta sobre vestidos ó novenas, allí se plantificaba la doncellita.

— Pero ¿será por mí?, se preguntaba él. ¿Por qué entonces se me ha mostrado siempre esquiva? ¿Por qué no ha sido conmigo alegre, decidora, vivaracha, como con los demás?

Fernando había sido siempre corto con las mujeres: verdaderos amores no los había tenido nunca, y vivía entre las gaditanas como Tántalo en el agua muriéndose de sed. Rubia ó morena, acaramelada ó fogaosa, cualquiera le habría hecho feliz. Y ahora que iba á dejarlas á todas, resultaba que la que más había atraído sus miradas ¡le ofrecía á torrentes el agua de vida! No; ahogaría en la cuna aquel sentimiento loco: no se haría la partida más penosa de lo que ya iba á ser.

II

La víspera del último día fué á despedirse de la familia de Carmen. La muchacha se sentó á su lado, y Fernando cada vez que la miraba sorprendía clavados en él los hermosos ojos de la niña como estrellas que le llamaran al portal de su redención. La despedida fué un tormento: los rostros sonreían, los corazones se ahogaban de pena, había que hablar y las palabras morían en la garganta. Carmen y sus padres se asomaron á la galería hasta que Fernando, saludándolos por última vez, dobló la esquina. Poco después volvió sobre sus pasos para mirar de nuevo, pero sólo vió los deslumbradores reflejos del sol del mediodía en los cristales cerrados.

Por la tarde fué á bordo con su padre á ver el vapor, uno de esos de carga de la compañía italiana de «Las Pullas», que llevan también algún pasaje á precio mucho más módico que los grandes transatlánticos.

Cuando el bote llegó al costado del *Messapia*, funcionaban en éste picos y cabrestantes cargando sal de unas gabarras á él atracadas y que el escar-

ceo de las olas encrespadas por el levante mantenía en rudo balanceo. La cubierta estaba ennegrecida de carbón y atestada de cadenas, fardos, cajones, madera de respeto y cabullería. El olor de la brea, el vaho del vapor y el humo de la cocina de á bordo mezclábanse al aire viciado que subía de las bodegas y provocaban á náuseas. Los marineros y cargadores iban y venían, atareados, sudorosos y sucios. Los oficiales no mostraban tampoco gran aseo. Tres ó cuatro pasajeros, que á Fernando le fueron irresistiblemente antipáticos, charlaban en italiano, fumando en sendas pipas un tabaco fortísimo. Vieron el camarote: el reducidísimo espacio que dejaban libre sus cuatro literas hallábase obstruido por maletas y otros bultos; á pesar de estar la lumbre abierta, la atmósfera era allí pesada y el calor sofocante. Tal había de ser durante un mes la habitación de Fernando.

Cuando volvió á cubierta y subió á la toldilla, se le ensanchó el corazón al respirar de nuevo la brisa pura del mar. Jamás le había parecido tan hermosa la espléndida bahía, en cuyas aguas, azules como el cielo que reflejaban inquietas, rielaba el sol estival. En redor Cádiz, San Fernando, los Puertos, Rota y graciosamente encaramada sobre los lejanos cerros Medina-Sidonia, bebían ávidamente sus rayos de oro, y parecían invitar á porfía á gustar la ambarada manzanilla que atesoran sus bodegas.

El bote volvió á tierra; y al pisar las resbaladizas piedras del muelle, Fernando consideró con fruición que aún le quedaban algunas horas que pasar en Cádiz.

— ¡Todavía podría ver una vez más á Carmen!, pensó Fernando.

III

Tomaron la calle de San Francisco, entraron en la agencia y pagaron el pasaje.

Ya no había remedio.

Cogió el papel y le pareció que iban á faltarle las fuerzas; un sudor frío le bañaba la frente, un ardor angustioso le devoraba el pecho.

La comida fué triste como una visita de duelo. En vano se había querido hacer un pequeño banquete de familia para honrar al que se iba. Nadie podía pasar bocado.

— ¡Quién sabe cuándo nos volveremos á ver, hijo mío!, decía la madre.

La niña dejaba los platos casi intactos diciendo:

— Mamá, no tengo ganita.

El Jerez se bebió haciendo grandes esfuerzos. Todos intentaban consolarse mutuamente, pero cada cual sentía la necesidad de estar solo para desahogarse llorando.

A las nueve llamaron á la puerta: era Carmen, que venía con pretexto de acompañar á la madre de Fernando. Al ver á la que adoraba sintió éste un vuelco en el corazón. Hubiera querido lanzarse hacia ella con la palabra de amor en los labios, pero había que respetar la presencia de su pobre madre, que bien claramente veía su cariño inmenso relegado á segunda fila.

Pasaron á la galería á tomar el fresco á la luz de la luna. Se habló muy poco.

— ¿Por qué se va usted?, dijo repentinamente Carmen. ¡Tan bien que está aquí entre tantos que le quieren! ¿Por qué se va usted?

Dieron las once y Carmen tuvo que retirarse. Bajó la escalera lentamente, muy lentamente; á cada peldaño se volvía para saludar con el abanico, haciendo esfuerzos heroicos para sonreír.

Al fin se oyó el ruido de la cancela que se cerraba y que á Fernando le sonó en el alma.

Necesitaba estar solo: dió las buenas noches y se encerró bruscamente en su alcoba, se desnudó apresurado y se echó de golpe en la cama. El cariño de los pobres viejos que lloraban desconsolados en la habitación inmediata, se había borrado de su mente ante la imagen de la mujer querida.

— No la olvidaré nunca, pensaba; trabajaré mucho para volver pronto á hacerla feliz.

Y entregándose á los más locos fantaseos, se abrazaba á la almohada cubriéndola de besos como si fuera el mismísimo cuerpo de su adorada; y sentía unos resquemores y unos cosquilleos y unos escalofríos que le subían por el pecho y al llegar á la garganta se le convertían en nudos tan apretados que le hacían saltar las lágrimas.

Así pasó la noche.

IV

Cuando empezó á alborear sintióse los ojos hinchados, la cabeza pesada, la boca seca, el pecho oprimido, y siempre la misma desazón, la misma

angustia. Bebió un vaso de agua y la encontró desahogada. Se tiró de la cama y abrió los postigos; el cielo amanecía sin una nube; un sol espléndido asomaba tras el risueño paisaje del otro lado de la bahía y doraba ya las azoteas y galerías más altas de Cádiz. Era el sol del último día.

— ¡Si pudiera verla aún!, pensó.

Y abrigando esta esperanza se vistió á escape y salió á la calle.

No le había engañado el corazón; y al ver aparecer tras la reja del piso bajo, entre la rubia cabellera en desorden, aquel rostro pálido y bello cuyos grandes ojos azules le miraban amorosos y tristes, el lenguaje de la pasión, tanto tiempo reprimido, brotó de sus labios como un reguero de lava.

— No, yo no quiero dejarte; ¿por qué no me has querido antes?

— ¡Yo!.. Pero ¿tú sabes el tiempo que hace que me consumo en silencio? Y por ti, ingrato, por ti. ¡Si supieras lo que he llorado!

— ¿Tú, mi alma, tú llorar por mí? ¡Y yo te dejé! ¡Si tú vales más que todos los tesoros! ¡Si no hay felicidad como el querernos!

Y sintiendo rebullir toda su sangre, encendido, trémulo, saltándose el corazón del pecho, se apartó bruscamente de la reja, entró en la casa y llamó; y apenas vió aparecer á la mamá de Carmen, le soltó á borbotones, como si temiera que una mano les fuera á cerrar el paso en la garganta, estas palabras:

— Yo adoro á Carmen con toda mi alma. Yo no quieroirme. Démela usted; trabajaré cuanto pueda para hacerla feliz.

La buena señora corrió á llamar á su marido.

Momentos después abría éste los brazos á Fernando diciéndole:

— ¡Ven acá, hombre! Te la daré, pero cuando se te haya sentado la cabeza y no pienses más en locuras. Trabaja, que ya se te ayudará en lo posible y... aquí la tienes.

Fernando, loco de alegría, echó mano al bolsillo y sacando un papel que allí le abrasaba el pecho, lo rasgó en mil pedazos.

— Pero hombre, ¿qué haces? ¡Si se podía haber vendido! ¡Cuando digo que eres un atolondrado!

Era el pasaje comprado á costa de los ahorros y sacrificios de su padre.

Aquella noche la madre de Fernando, estrechando á Carmen en sus brazos, le decía:

— Bendita seas y bendita tu cara de gloria que ha podido más que mi cariño, porque ella me ha conservado al hijo de mi alma.

Y juntando ambas los rostros, mezclaban sus lágrimas de alegría.

EMILIO H. DEL VILLAR.

DR. D. FEDERICO RUBIO

El eminente cirujano que acaba de fallecer en Madrid había nacido en Puerto de Santa María (Cádiz) el 7 de agosto de 1827. Hijo de padres modestos que apenas pudieron costearle los primeros estudios, cursó Humanidades; desterrado su padre por el gobierno absoluto, hubieron de costearle el bachillerato algunos buenos amigos de la familia compadecidos de la situación precaria en que quedó su madre, sola, sin recursos y al cuidado de varios hijos, todos pequeños.

Matriculóse en 1842 en la Escuela de Medicina de Cádiz, terminando en 1850 la carrera, durante la cual se distinguió notablemente como disector. Entonces se estableció en Sevilla, en donde ganó por oposición la plaza de primer cirujano del hospital Central, no tardando en extenderse su fama por toda España.

Deportado ó fugado á Inglaterra por sus ideas políticas radicales, permaneció una larga temporada en Londres, y allí conoció y trató al ilustre Ferguson y se empapó de los progresos de la cirugía contemporánea.

Volvió á España y en 1860 practicó la primera ovariectomía y al año siguiente la primera extirpación de la matriz.

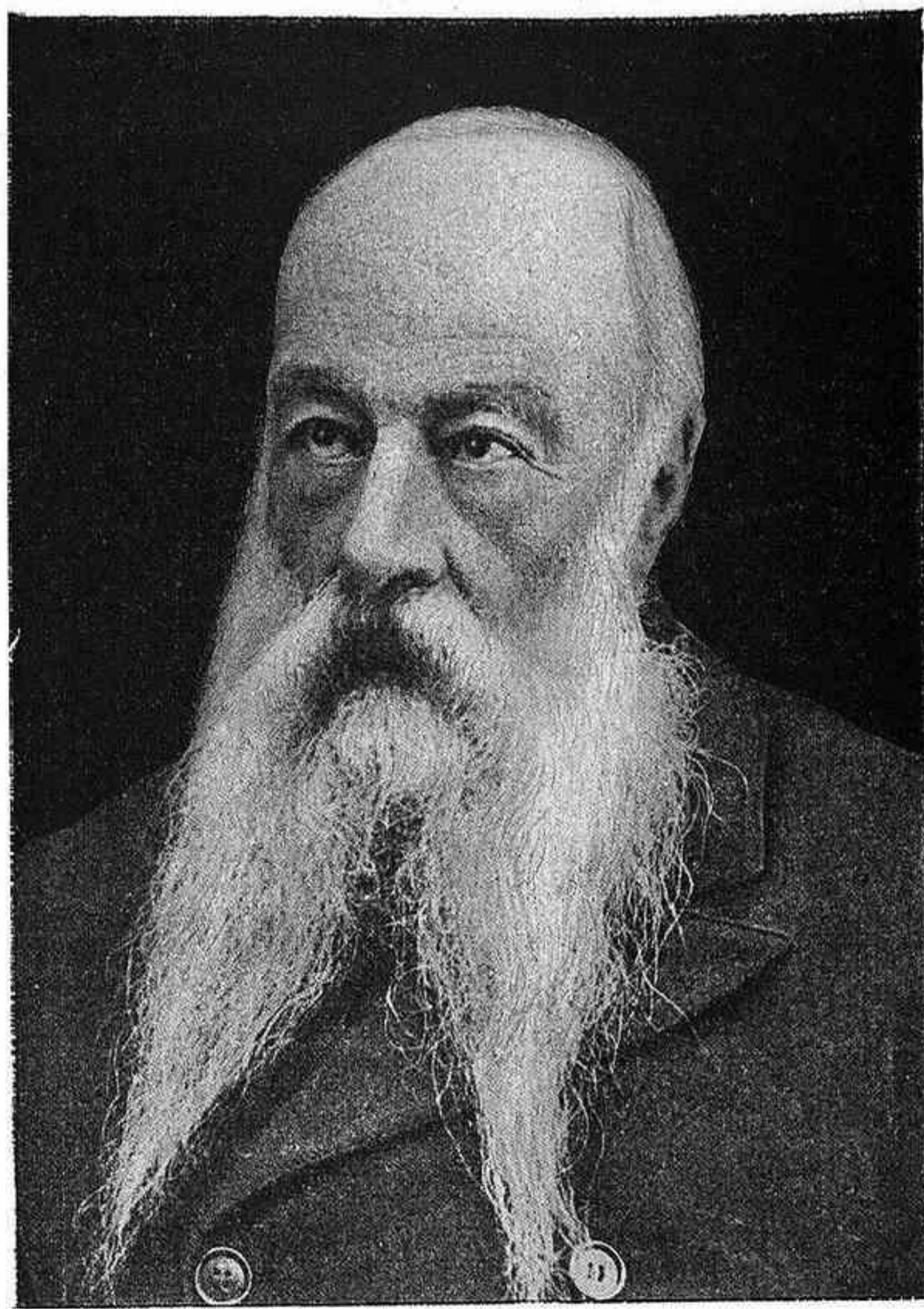
En 1868, triunfante la Revolución, fundó la Escuela Médica de Sevilla y en 1869 fué á Madrid como diputado de las Constituyentes. Después de la proclamación de la República representó á España en Inglaterra, donde su fama como médico eclipsó á la de embajador. Visitó luego los Estados Unidos, estudiando los progresos que la ortopedia realizaba en manos del gran Sayre, y al regresar á España fundó, con otros amigos y discípulos, el primer laboratorio de histología, haciendo importantes investigaciones sobre el cáncer y el pus.

En 1880 ingresó en la Academia de Medicina y en 1895 fundó el célebre Instituto operatorio de su nombre que se alza en la Moncloa y que por sí solo bastaría para inmortalizar la memoria del médico y del filántropo. Como complemento de esta institución, es decir, para poder contar con el personal femenino idóneo que necesitaba, creó la *Escuela de enfermeras de Santa Isabel de Hungría*, en la que se admiten alumnas internas y externas, las cuales, á los dos años de estudios teóricos y prácticos, reciben un certificado de aptitud para ser enfermeras de Medicina y Cirugía. En 1899 fundó la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*, publicación por todos conceptos notable.

En suma, fué el Dr. D. Federico Rubio una verdadera eminencia, una de las más legítimas glorias en la ciencia médica, y su nombre ocupará lugar honrosísimo en los anales de la medicina española.

Por esto, creyendo que su personalidad merece algo más que estos ligeros apuntes biográficos, copiaremos algunos de los conceptos que acerca de ella publicó hace un año en el Almanaque de *El Imparcial* de Madrid otra eminencia científica, otra de nuestras glorias, el sabio doctor Ramón y Cajal:

«Cirujano, él fué quien popularizó en España la alta intervención quirúrgica y los métodos de la antisepsia y la asepsia, que habían revolucionado en el extranjero el arte operatorio; él se adelantó entre nosotros á disipar ese supersticioso temor que inspiraban las cavidades orgánicas, y sobre todo el peritoneo, arca santa en cuyas paredes se detenía miedoso el bisturí, enseñándonos que cuando el operador lleva la anatomía por antorcha, la asepsia por escudo y la ejecución rápida y artística por método, el organismo, tan avaro de la integridad de sus órganos viscerales más nobles, se resigna á perderlos, entregándonos sin protestas y como tributo rendido á los exquisitos miramientos del arte y á las sabias presunciones de la ciencia pedazos tan importantes de la gran



DR. D. FEDERICO RUBIO, fallecido en Madrid en 31 de agosto de 1902

máquina vital como la laringe, el riñón y el ovario; él inauguró en España los estudios histológicos, que aplicó con tino singular al diagnóstico de los tumores, evitando así los errores de aquellos cirujanos á la buena de Dios que antaño se estilaban; él, en fin, fundó y desarrolló las especialidades quirúrgicas con sus inolvidables enseñanzas de la Escuela de

Terapéutica operatoria del hospital de la Princesa, plantel lucido de peritísimos oculistas, ginecólogos, laringólogos y cirujanos generales.

»D. Federico es también orador, y orador brillante. En sus sabias lecciones, el pensamiento tiene á su servicio una palabra elocuente, precisa, reflexiva, á veces pintoresca y nunca olvidada del decoro que pide la exposición de la ciencia.

»Cuando discute parece tener siempre razón, porque en él, como en todos los grandes oradores, la sugestión completa la obra del argumento y va más allá de la lógica.

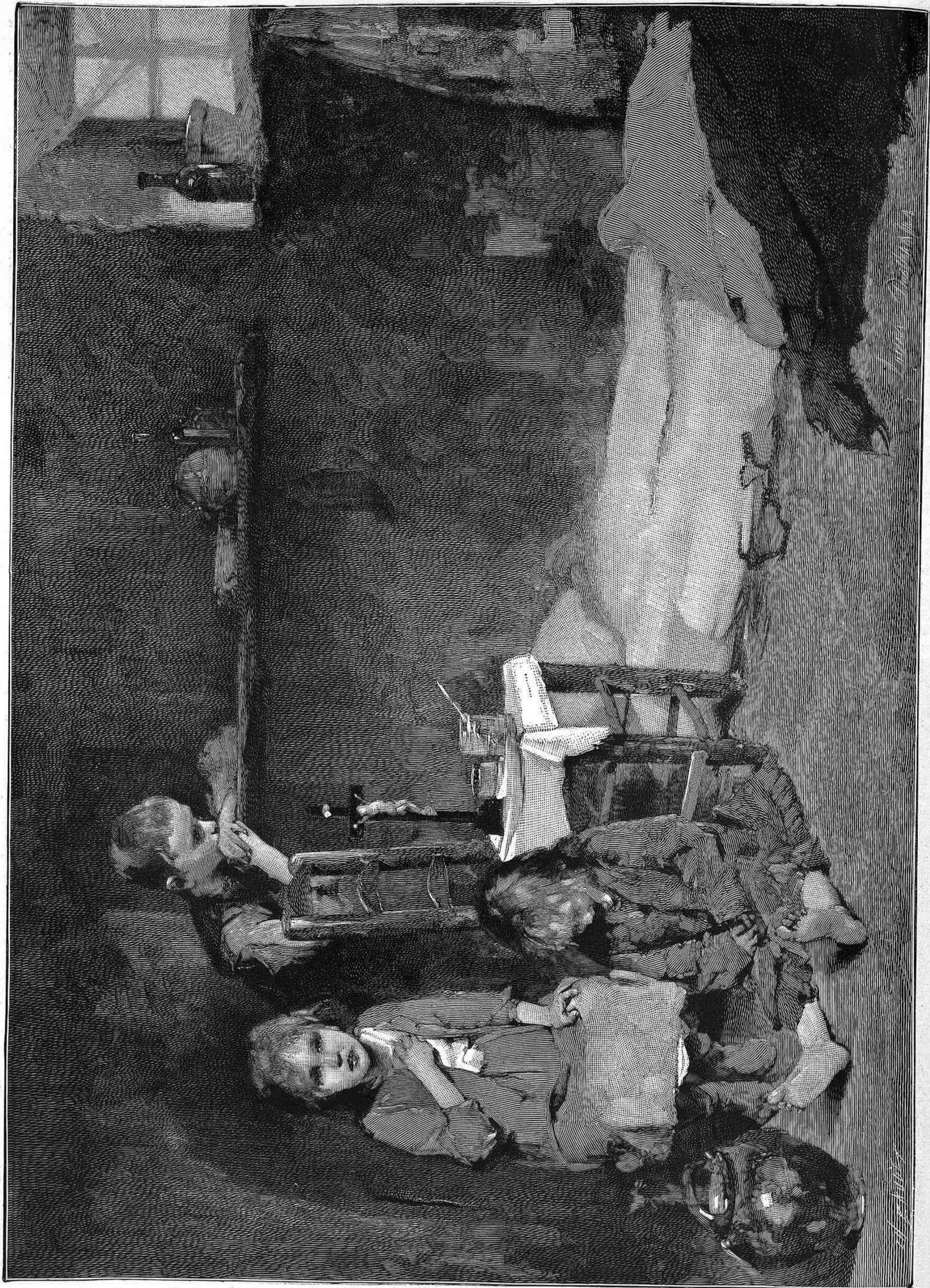
»En su boca las hipótesis parecen verdades y las verdades dogmas.

»Como escritor es castizo, fácil, correcto, posee el don de herosear cuanto toca y de ennoblecer lo pequeño, de hallar lo precioso en lo baladí; su estilo abarca todos los tonos, plegándolo maravillosamente á la índole del asunto; posee además el arte de contar primorosamente prestando vida y color á la narración, cuyo vigor aumenta con toques emocionales de gran efecto. Por raro maridaje, júntanse en D. Federico dos cualidades que suelen andar separadas; la palabra y la acción. Posee voluntad y perseverancia para producir y crear, y es dueño además de una memoria y una imaginación que le permiten exponer primorosamente el fruto de su labor, combinación feliz de talentos; porque la acción y el pensamiento originales autorizan la palabra, y á su vez la palabra realza y embellece el pensamiento.

»Por último, en D. Federico, el *hombre*, sobre todo el *patriota*, supera quizás al cirujano y al orador. Con ser grande como sabio, vale más como carácter. Yo admiro mucho en D. Federico el dictador del bisturí, el zahorí del diagnóstico quirúrgico, el mágico prodigioso á quien el organismo abre dócilmente las junturas de los órganos más recónditos; le admiro cuando, oficiando de pontifical, rodeado de sus apasionados discípulos, esculpe con el bisturí los límites de maligno tumor, y salva

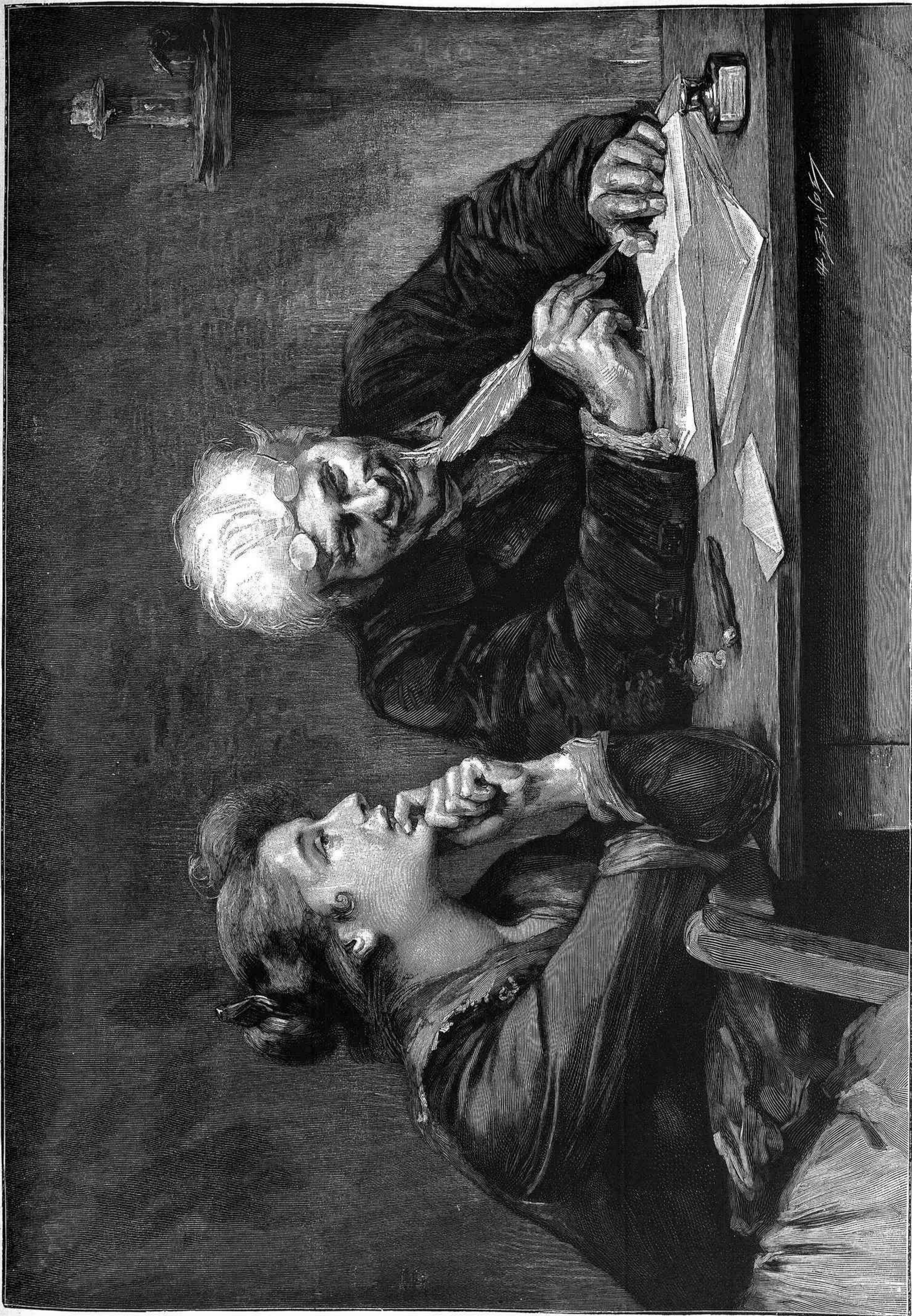


El primer juguete, cuadro de Esteban Novo



TRISTE HOGAR, cuadro de Luis Deschamps



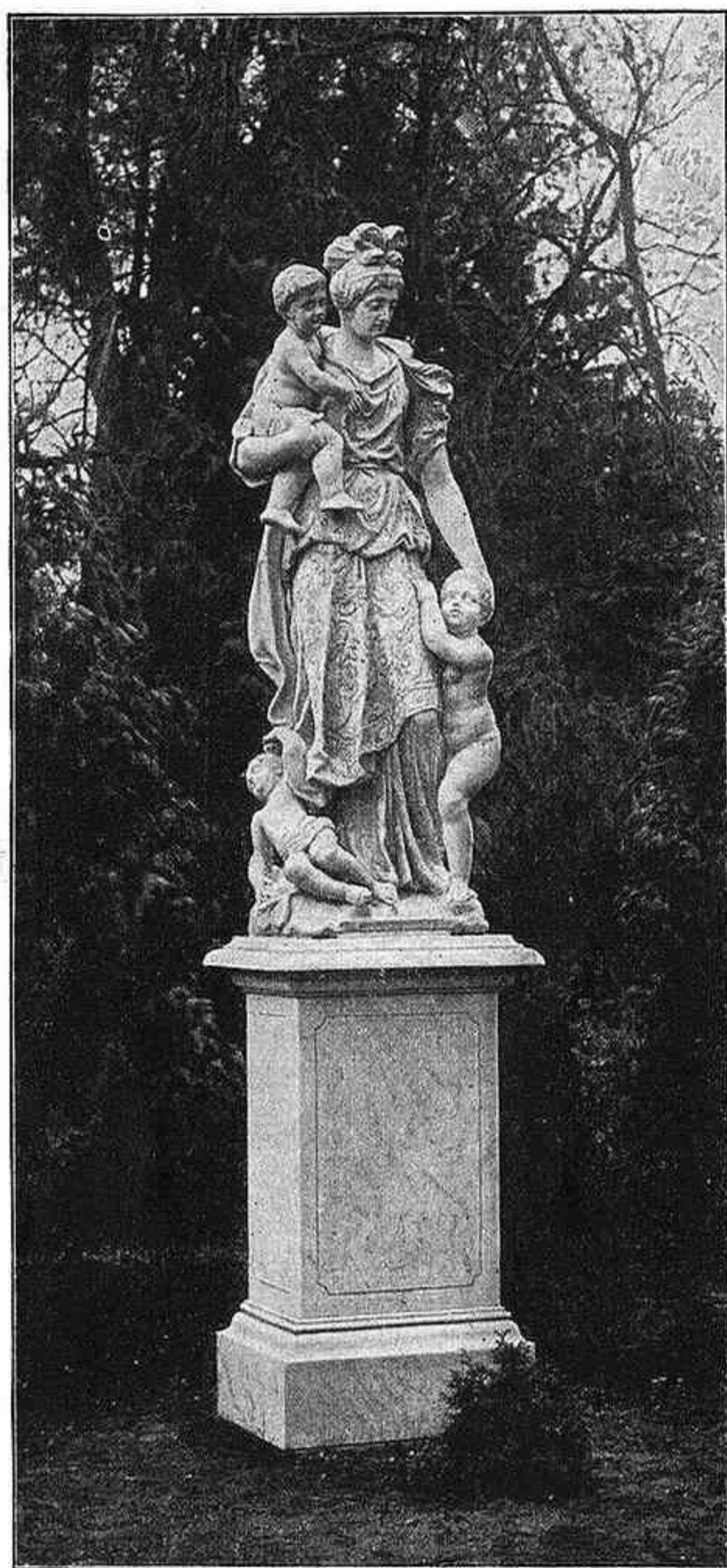


EL MEMORIALISTA, cuadro de Beaury Saurel

de muerte segura á un desgraciado; pero le admiro y le venero mucho más al recordar la generosidad con que en el apogeo de su soberanía quirúrgica abrió á sus discípulos las puertas de la notoriedad, sacrificándoles lo más brillante de su propia clientela; cuando le contemplo, anciano ya, erigir exclusivamente para la caridad y para la enseñanza ese admirable hospital de la Moncloa, modelo de nosocomios y síntesis de una experiencia quirúrgica de cincuenta años; cuando, llegado á la edad en que no queda tiempo para cosechar el fruto de las arduas iniciativas, le miro empeñado con juvenil ardimiento en la publicación de su hermosa *Revista Ibero-Americana*, archivo del pensamiento médico español, revista destinada á desarrollar entre nosotros el espíritu de investigación y de crítica, y á señalar á la juventud el verdadero camino de nuestra emancipación intelectual y de nuestro renacimiento político, renacimiento que no vendrá por ministerio de un imposible poderío militar, sino por el trabajo intensivo, por el pensamiento original, exportando tantas ideas como mercancías, compensando, en fin, la pequeñez en que ha venido á parar la Geografía patria con el ensanche de nuestra Geografía moral, con la colaboración, cada día más honda y grande, en la obra común de la civilización europea.»

NUESTROS GRABADOS

Amor de madre, grupo escultórico en mármol.— En el hermoso parque de Sans Souci (Potsdam) se ha colocado recientemente el bellissimo grupo escultórico que adjunto reproducimos y que ha sido encontrado por el Dr. Pablo Seidel, director de los Reales Museos, en un rincón de la Galería



AMOR DE MADRE, grupo en mármol recientemente colocado en el parque de Sans Souci (Potsdam)

de Pinturas de Federico el Grande, escondido entre multitud de trastos viejos. Cuando se hubo limpiado la escultura convenientemente, vióse que era una obra bellissima y digna de ostentarse en público; por esto fué sacada de aquel lugar en que permanecía ignorada y puesta á la entrada del antedicho parque. Ignórase quién es el autor de este grupo, pero se supone que es obra de algún artista holandés.

En las riberas del Guadalquivir. Camino de Alcalá de Guadaíra, cuadros de M. García Rodríguez.—Otras dos bellísimas producciones del distinguido paisajista sevillano Sr. García Rodríguez podemos dar á conocer á nuestros lectores, que ya en esta Revista han tenido ocasión de aplaudir y admirar con nosotros varias obras, de igual género, de este laborioso y notable artista. Siguiendo la

misma senda de otro paisajista meritisimo, el Sr. Sánchez Perrín, ha logrado el pintor á que nos referimos singularizarse hasta el extremo que no cabe confundir sus cuadros con las producciones similares de los demás paisajistas sevillanos. No es nuestro propósito establecer puntos de comparación, pero sí observar que los lienzos de García Rodríguez, todos ó casi todos son trasunto fiel de las encantadoras campiñas que baña el poético Guadalquivir, trasladadas al lienzo con habilidad é impregnadas de un sello de poesía y distinción que los avalora. A estas circunstancias debe el buen concepto de que goza y la estima que merecen sus obras de los aficionados é inteligentes.

El primer juguete, cuadro de Esteban Novo.—Con cuánto interés, con cuánto afán siguen las madres el desenvolvimiento de la inteligencia de sus pequeñuelos! La primera mirada consciente, la primera sonrisa, el primer balbuceo del niño, son otras tantas alegrías inefables para la que le dió el ser; y no digamos cuando el chiquitín comienza á fijar en las cosas una especial atención que denota ya un notable grado de adelanto en el proceso mental, cuando ya «se entretiene solito,» según la expresión con que se indica claramente esa fase de la vida psíquica del infante. Entonces las madres rebosan de satisfacción é interpretan como destellos de genio los actos más insignificantes, más indiferentes, á los ojos de los demás, y complaciéndose en formar castillos en el aire, nunca más justificados que en este caso en que el amor maternal los edifica, deducen de aquellos actos las aptitudes de su hijo y se lo imaginan en el puesto más eminente de la profesión á que *in mente* lo destinan. El bellissimo cuadro de Novo nos ha inspirado las anteriores consideraciones, porque realmente la mirada y la sonrisa de esa madre al contemplar cómo su niño se divierte con el primer juguete, expresan de un modo elocuente las más halagüeñas ilusiones, los planes más seductores para el porvenir.

El memorialista, cuadro de Beauray-Saurel.—La escena que este cuadro representa tiene algo de la que tan maravillosamente ha descrito nuestro genial Campoamor en su popular cuanto bellissima dolora; pero así como en la imaginada por el poeta, el bondadoso cura frunce el ceño, reprende y hasta llega á enfadarse al oír los acentos, más apasionados que conformes con la religión, que la niña le pide traslado al papel, en el lienzo de Beauray-Saurel, el malicioso memorialista se sonríe escuchando las amorosas expansiones de la joven que ante él descubre su corazón por entero, á fin de que interprete bien sus más recónditos sentimientos y empapándose bien del asunto encuentre las palabras más oportunas, los conceptos más expresivos, las frases que lleguen más al alma. La carta no hay que decir para quién es; por consiguiente, no es extraño el empeño que pone la muchacha en que sea una misiva redactada con especial cariño; y es de suponer que el secretario á cuya pluma acude, acabará por hacerse cargo de la situación, y abandonando su sonrisa burlesca procurará esmerarse en la redacción de tan importante documento y pondrá sus cinco sentidos en reflejar fielmente todo lo que la enamorada ha confiado á su discreción y á su talento. Obras como el lienzo que nos ocupa no necesitan alabanzas: de la sola contemplación de los mismos nace el mejor elogio, pues la impresión que produce es la que el pintor quiso causar, lo cual demuestra que el artista ha estado felicísimo en la forma con que ha exteriorizado su pensamiento.

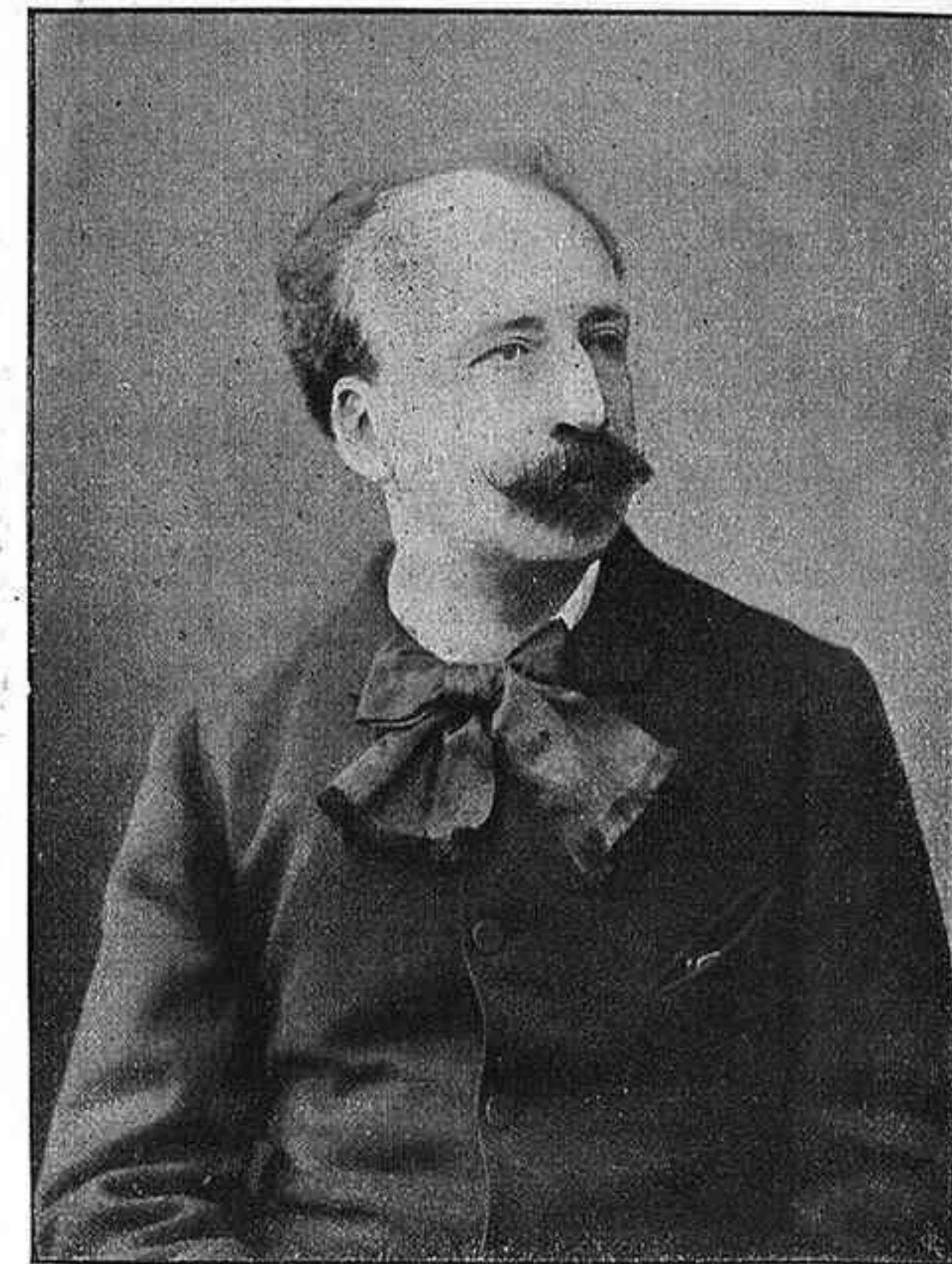
Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de C. J. Pibworth.—Prasutagus, rey de los icenios legó, al morir, á Nerón todos sus Estados con la condición de que su viuda Boadicea le sucedería como reina y transmitiría luego el cetro á sus dos hijas, creyendo que de este modo su reino podría librarse de la invasión de los ejércitos de Roma.

El emperador aceptó el legado; pero en vez de proteger á la reina, abandonóla á las violencias de los generales y de los soldados romanos; el territorio de los icenios fué asolado como país de conquista y Boadicea, á pesar de estar al amparo de las romanas leyes, fué sometida á los mayores suplicios y hubo de presenciar cómo eran violadas sus hijas por aquella soldadesca brutal. Al tener conocimiento de tales horrores la nación entera se levantó para vengar la afrenta que en la persona de su reina se le había inferido, poniéndose al frente de ellos Boadicea, que les guió en cien combates, excitando su odio y su furor. La persecución de la colonia romana establecida en Bretaña fué terrible, habiendo perecido, según Tácito, 70.000 ciudadanos ó aliados, hasta que Paulino Suetonio acudió con su legión. Ambos ejércitos se encontraron frente á frente: Boadicea, revestida de sus insignias reales y montada con sus dos hijas en un carro de guerra, recorrió las filas de sus soldados, excitando su valor con palabras ardientes, y luego dió la señal del combate, que terminó con la victoria de los romanos, cuya disciplina triunfó del valeroso ímpetu de los bretones. Boadicea no quiso sobrevivir á la derrota y se envenenó junto con sus hijas.

Este interesante episodio histórico ha sido el tema escogido este año por la Real Academia de Londres para el concurso entre los alumnos de las clases de escultura; entre los varios relieves que se presentaron llamó muy justamente la atención el de Pibworth, que en la última página de este número reproducimos y que revela en su autor notables disposiciones para el arte á que se dedica.

Madre.—Triste hogar, cuadros de Luis Deschamps.—El notable pintor francés Luis Deschamps, que ha muerto recientemente en Montelimar, había nacido allí en 25 de mayo de 1846. Fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de París y alumno de Cabanel, en cuyo taller trabajó en 1872, y en 1873 debutó en el Salón, obteniendo cuatro años después una medalla y consiguiendo con sus envíos sucesivos atraerse el favor del público, á quien sedujeron la amplitud de ejecución y la escuela personal, independiente, del artista, y mereciendo en 1889 una medalla de oro. En 1891 fué uno de los que más contribuyeron á la fundación de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Muchos de sus cuadros fueron adquiridos por el Estado, figurando actualmente en los museos del Luxemburgo, de Marsella, de Aviñón, de la Rochela, de Carcasona, de Montelimar y de otras importantes poblaciones de Francia. Su especialidad fué la pintura de niños, que figuran en casi todas sus composiciones; pero no solamente trató estos asuntos, sino que su talento se ejerció en otros, especialmente en los religiosos. Sus obras de este último género se distinguen por un realismo admirablemente armonizado con la no-

bleza de estilo y la elevación de sentimientos, mereciendo en este concepto especial mención las tituladas *Bethleem, El sueño de Jesús, Cristo en la Cruz y La Virgen de la Consolación*. Una de las cualidades más salientes de Deschamps fué la de colorista, que le daba cierta afinidad con los maestros de la escuela española; mas á pesar de esta afinidad, fué un artista tan original, que sus cuadros se reconocen á primera vista, sin necesidad de consultar la firma. Los dos que en este número reproducimos son de una intensidad dramática y de una solidez de ejecución admirables, y constituyen dos pruebas indiscutibles del talento de su autor.

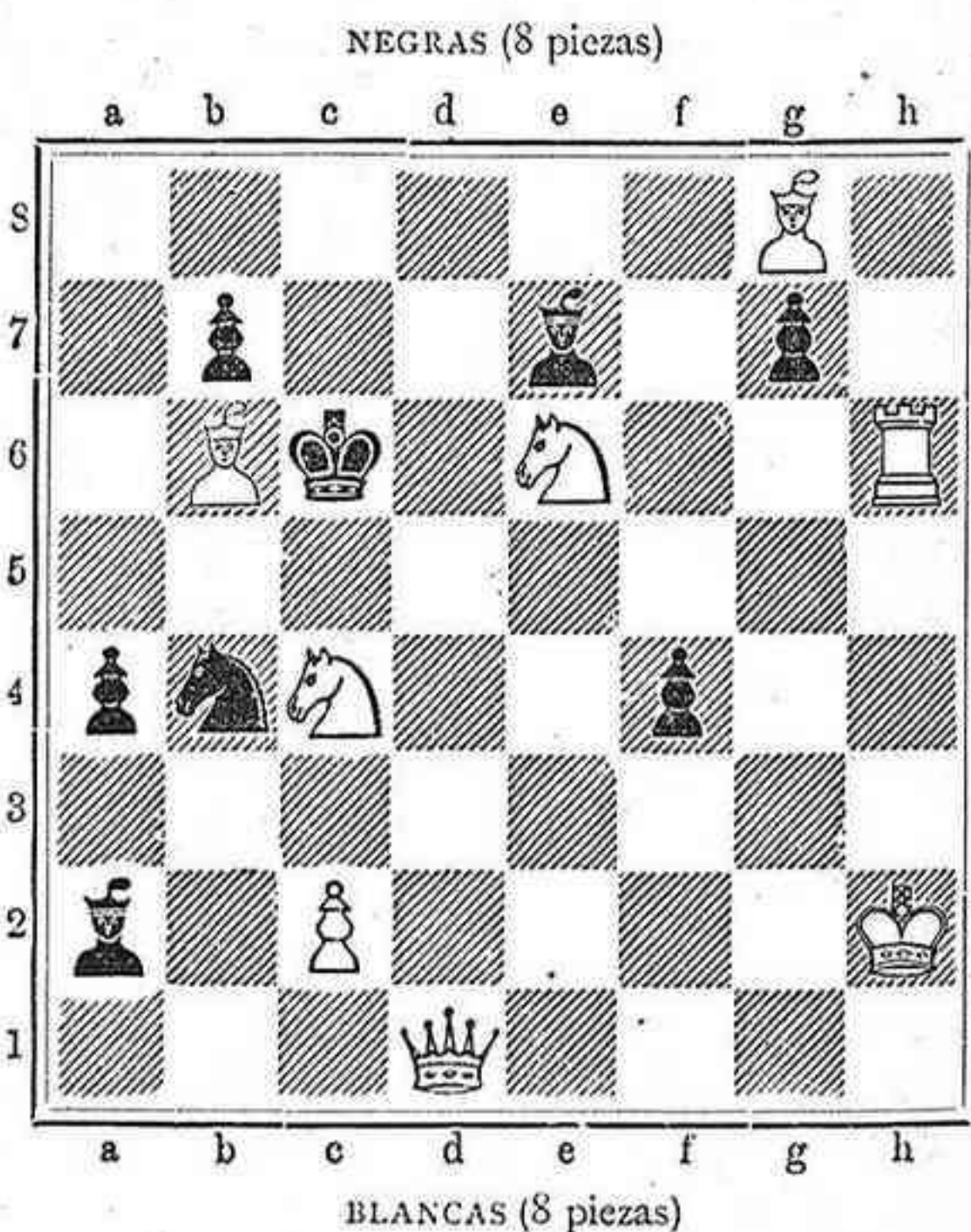


El notable pintor francés LUIS DESCHAMPS, recientemente fallecido

Neurología.—Han fallecido: Lucas Meyer, general boer que tanto se distinguió en la última guerra contra los ingleses. Carlos Vadnay, novelista húngaro. Juan Emanuel, notable actor italiano. A. C. Ferris, norteamericano, inventor de la lámpara de petróleo. Mehmed Beg Kapitanowitsch-Ljubuscheck, escritor bosniaco. Jaime Tissot, notable pintor francés, autor de las 350 hermosas acuarelas que ilustran la obra «Vida de Jesús,» editada por la casa Mame, y para pintar las cuales permaneció algunos años en Palestina, haciendo allí profundos estudios.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 294, POR H. W. BARRY. Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección A.



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 293, POR F. HOFMANN.

- | | |
|-----------------|---------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ac4—a6 | 1. P toma Pb6 |
| 2. Aa6—b5 | 2. P toma Tc5 |
| 3. Ab5—c4 | 3. P toma Cd4 |
| 4. Cf5—g3 mate. | |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

—¿Lo has oído?, exclamó Enrique algo picado. ¡Es más duro que estas rocas!

—Puede ser, replicó Cecilia golpeando con el látigo la peña que delante de ella se alzaba. Pero también las rocas caen. ¡Cuidado, Sr. Runeck! ¡Póngase en guardia! Ha negado usted la existencia de esa fuerza mágica; se ha burlado del poder misterioso que derriba los peñascos..., ¡tema una venganza!

Cecilia hablaba en tono de broma, pero Runeck permaneció callado. Enrique los miró á ambos sin comprender el significado de las palabras de su novia.

—¿De qué fuerza habláis?, preguntó.

—De la varita mágica que rompe las rocas y descubre los tesoros escondidos... Pero creo que podemos marcharnos, ¿no te parece?

Enrique asintió inmediatamente, y dirigiéndose á Runeck le dijo:

—Veo que aún habéis de disparar algunos barrenos; espera para ello que nos hayamos alejado, porque la otra vez se espantaron los caballos y al criado le costó mucho trabajo contenerlos.

La sonrisa despreciativa de poco antes se dibujó nuevamente en los labios de Cecilia: ésta había visto á su prometido temblar cuando estalló el barreno y le había oído llamar con voz convulsa al doméstico para que acudiera en su ayuda. También su caballo se había encabritado, pero su mano bastó para sujetarlo. No hizo, sin embargo, objeción alguna á lo que acababa de indicar Enrique.

—Sr. Runeck, dijo amablemente al joven ingeniero que les acompañaba hasta el sitio en donde esperaban los caballos, doy á usted las gracias por su compañía y por sus explicaciones. ¡Le parecerá mentira verse al fin libre de estos visitantes que han venido á estorbarle!

—¡Por favor!, replicó Egberto inclinándose. Enrique viene á ver lo suyo, y por consiguiente su visita no es un estorbo.

—Y sin embargo, cuando hemos aparecido en el fondo del caminito, se ha quedado usted como aterrizado.

—¿Yo? ¿Tan buena vista tiene usted, señorita?

—Sí, Enrique dice que tengo ojos de halcón.

—Pero esta vez los ojos de halcón se han equivocado. Me preocupaba verles por estos sitios, porque aquí nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Cecilia sacudió un latigazo sobre los pliegues de su falda. Aquella «peña», ¿no ofrecía verdaderamente ningún punto vulnerable?

Al llegar adonde estaban los caballos, montaron en ellos los dos prometidos. Cecilia saludó con la cabeza, fustigó duramente á su hermoso alazán, y el animal fogoso, después de haberse encabritado, partió al galope, dejando muy atrás al otro caballo

con su jinete. Durante cinco minutos todavía vióse volar por la carretera de Radefeld al animal y encima de él á la esbelta joven, agitadas por el aire las plumas de su sombrero y henchida la falda de color

—Sí, señor ingeniero, voy á pasar el domingo con mis hijos.

—Pues en ese caso...

Mertens miró á Runeck que parecía no poder respirar; pero aquello fué pasajero, y el joven, vuelto en sí prontamente, terminó la frase interrumpida:

—...hagáme el favor de dejar este pañuelo en casa del Sr. Dernburg. Es de la baronesa de Wildenrod, á quien se le ha caído aquí.

Mertens cogió el pañuelo y se lo metió en el bolsillo, mientras Egberto se reunía con los obreros que le esperaban.

Dada la señal, la varita mágica de los tiempos modernos hizo su efecto. Oyóse el apagado estampido de la explosión, y la roca colosal, altiva, abrióse, y arrastrando plantas y árboles, precipitóse á los pies de Runeck.

VII

—Créame usted, señorita; los nervios son una costumbre, una excusa, una de las peores cosas del mundo. Desde que las señoras han descubierto los nervios, nosotros, los médicos, somos las víctimas más atormentadas de la tierra. Será una invención útil respecto de los maridos, pero un solterón como yo no tiene nada que ver con ello.

Así terminó el doctor Hagenberg su filípica contra la señorita Leonia, que le había mandado llamar porque se sentía nerviosa. Esta palabra exasperaba al doctor, que también aquella vez perdió, como de ordinario, los estribos, sin hacer el menor caso del rostro pálido y abatido de la institutriz.

—Es usted el primero y el único doctor que niega la existencia de los nervios, replicó la joven. La ciencia...

—Me inclino ante lo que la ciencia llama nervios, pero los nervios á que se refieren las señoritas no

existen. Sométase usted á los cuidados de los médicos de ciudad, que tienen un cumplido y una receta para cada nervio femenino..., ó bien llame usted á un jovencito tímido que crea en todo; pero yo no gasto ceremonias.

—Ya lo sé, repuso Leonia disgustada. Pero ahora le ruego que me recete algo.

—Para hacer luego lo que mejor se le antoje, ¿no es cierto? ¡Oh, pero ya tendré buen cuidado! Entretanto, pensemos en renovar el aire en esta habitación, porque aquí se ahoga uno. Abramos la ventana.

—¡No, doctor, por caridad! ¡Sopla viento de poniente que me hace tanto daño!

—El aire es saludable, dijo el doctor abriendo. ¿Salió usted ayer al aire libre?

—No, porque hubo tempestad, ¿no se acuerda?

—¿Y para qué sirven los zapatos de goma y los impermeables? Tome ejemplo de su discípula. Aho-



Maya corrió á refugiarse debajo de un abeto

plateado. Volvió á vérsela en un recodo del camino, pero después desapareció en el bosque.

Egberto, inmóvil en su sitio, tenía clavados los ojos en la carretera y contraídos los labios para sofocar un grito de dolor ó un alarido de rabia. Al fin se echó á andar, pero sus pies tropezaron en una cosa blanca como un copo de nieve. El joven se estremeció, inclinóse lentamente y recogió aquel objeto: era un pañuelo finísimo que despedía un perfume sutil, delicado. Egberto lo contempló largo rato, y luego, con un movimiento que parecía una caricia, lo oprimió entre sus dedos.

—Señor ingeniero, dijo una voz á su espalda. Runeck se volvió: era el viejo Mertens quien le hablaba.

—Señor ingeniero, la gente espera las órdenes para disparar los barrenos; todo está á punto.

—Bueno, allá voy... Oiga Mertens, ¿va usted esta noche á Odensberg?

ra mismo está amenazando tormenta, y mire usted cómo corre Maya, allá en el fondo del parque, empujada por el viento y seguida de Puck, que parece una pelotita.

— Maya es joven, es feliz; de la vida sólo conoce las alegrías y las sonrisas, por esto es fuerte y despreocupada. ¡Dichosa ella que ignora todos los dolores, las lágrimas, las amarguras, las luchas que el destino impone a algunos, destruyendo su vigor!

E involuntariamente su mirada se fijó en una fotografía colgada de la pared, sobre su escritorio: debía ser algún recuerdo querido y doloroso, porque en torno del marco había arrollada una cinta de crespon negro y delante estaba un jarrón lleno de violetas. El doctor siguió la dirección de aquella mirada y se levantó; luego, acercándose como por casualidad al escritorio, comenzó a mirar los retratos que encima de éste estaban, al tiempo que decía:

— Cada ser tiene su destino, pero lo soporta mejor alegremente que con lágrimas y suspiros... ¡Ah! ¡El retrato de la señorita Maya! Es preciosísimo. Y éste el de su hermano. ¡Qué extraño! ¡Cuán poco se parece a su padre!.. Y ese otro, ¿de quién es?, dijo señalando al que estaba enlutado.

Aquella pregunta inesperada turbó a Leonia, la cual se sonrojó y murmuró con voz insegura:

— De un... pariente.

— ¿Su hermano, quizás?

— No, un primo, un pariente lejano.

— ¿Ah, sí?, preguntó Hagenberg, interesado por aquel parentesco lejano y observando minuciosamente el rostro pálido y flaco del joven retratado, con los cabellos alisados y los ojos abiertos con mirada de visionario. Y sin embargo, esa cara no me es desconocida; la habré visto en alguna parte.

— Es imposible, exclamó Leonia con tembloroso acento. ¡Hace muchos años que murió en los desiertos africanos!

— ¡Dios le haya perdonado! ¿Y en calidad de qué estuvo en Africa? ¿Como explorador?

— No, murió mártir de una causa santa. Se había unido a algunos misioneros y fué víctima del clima.

— Habría podido hacer algo mejor.

Leonia, profundamente conmovida, se pasaba un pañuelo por los ojos; pero al oír aquella observación irreverente, cesó en aquella operación y exclamó con rabia:

— ¡Doctor!

— No puedo menos de pensarlo y decirlo, querida señorita: creo cosa de todo punto superflua ir a civilizar a los negros, a los paganos, cuando en nuestro país tenemos tantos paganos blancos que a pesar de estar bautizados no son verdaderamente cristianos. Si su señor primo hubiese continuado ejerciendo sus funciones de párroco entre sus feligreses...

— Es que no era sacerdote, era maestro.

— ¡Tanto mejor! Habría podido enseñar a los niños el temor de Dios. ¡Es tan necesario en estos tiempos!

Leonia, exasperada, estaba a punto de contestar ásperamente, cuando se oyó ruido en la puerta y entró Dagoberto, el cual, al ver a su tío, se quedó inmóvil y vacilando en medio de la estancia.

— ¡Puedes marcharte!, le gritó el doctor con su voz amenazadora. Hoy no hay lección de inglés. La señorita dice que está nerviosa, y los nervios y la gramática son cosas que no se avienen juntas.

El joven pareció sorprendido y descontento; pero Leonia exclamó rápida e impetuosamente:

— No, querido Dagoberto; quédese usted a dar lección. No quiero que nuestros estudios de inglés paguen la culpa de mis nervios. Espere sólo que vaya por los libros, añadió entrando en la habitación inmediata.

— ¡Vaya una enferma rebelde!, exclamó el doctor siguiéndola con los ojos, en los que brillaba una mirada de despecho. Es la contradicción en persona... Oye, Dagoberto, tú que aquí eres de confianza..., ¿quién es ese que está ahí colgado?

— ¿Colgado? ¿Dónde?, preguntó Dagoberto espantado mirando los árboles del parque.

— ¡Imbécil! No se trata de un ahorcado; hablo de ese retrato de la gasa negra.

— Es un pariente de la señorita, un primo...

— Lejano, sí, ya lo sé, me lo ha dicho, pero no lo creo. Debe ser algún novio muerto; tiene todo el aire antipático de tal... ¿Sabes cómo se llama?

— Espere, la señorita me lo dijo un día..., ¡ah, sí! Engelberto.

— Tiene un nombre tan antipático como su cara. ¡Engelberto! Sí, Engelberto y Leonia..., ¡qué bien suenan! Pero cuando estuvieran juntos debían parecer dos saucos llorones.

— Pobrecito, murió.

— Pero en vida no debe haber hecho grandes cosas. Se me figura que antes de ir a Africa debió pa-

decer hambre... Tiene un aspecto de funeral que enamora. Pero basta ya; he de marcharme. Saluda en mi nombre a la señorita y ¡que te diviertas mucho con la lección nerviosa!

Si Leonia estaba nerviosa, el doctor no estaba más sosegado que ella: cogió con ímpetu el sombrero y el bastón y se precipitó hacia la puerta; pero de pronto se detuvo como si vacilara, echó otra mirada al retrato y salió murmurando:

— ¡Y sin embargo!.. Yo conozco esa cara; la he visto, no así como en la fotografía, pero la he visto... Pero ¡dónde diantre la habré visto!

El tiempo no estaba nada agradable; era uno de esos días tempestuosos de primavera como tan a menudo se ven en las montañas. Durante las últimas semanas había ocurrido un gran cambio: el tinte sombrío de la naturaleza había desaparecido; los árboles se habían cubierto de un follaje verde pálido y en los campos comenzaban a asomar las primeras flores; pero todo se hacía lentamente, todo estaba apenas en su principio, porque faltaba el sol.

Aquel día amenazaba una tempestad en regla: el cielo habíase poblado de grandes y negros nubarrones, los árboles se doblegaban a impulsos del viento; esto no obstante, Maya y Puck seguían corriendo por la senda del bosque. Maya sabía perfectamente que su padre no quería que anduviera sola en largos paseos, y en realidad había salido con intento de llegar solamente al fondo del parque; pero una vez allí, Puck había echado a correr por el prado y la joven había tenido que seguirle, y Puck se había metido luego en el bosque y ella no había tenido más remedio que correr detrás de él. Y ya en el bosque, ¡qué bien se estaba debajo de los abetos, entre el susurro de su follaje! ¡Qué deliciosa era aquella soledad! ¡Con qué gusto disputaba con Puck a quién corría más! Maya no pensaba ya en regresar a su casa, y seguía corriendo, alejándose..., cuando de pronto se dió cuenta de la realidad. Los negros nubarrones se habían oscurecido aún más, sin que la muchacha se hubiese percatado de ello, y habían caído algunas gotas en las que no se había fijado; las nubes se abrieron y del cielo cayó un torrente con violencia de tempestad.

Maya corrió a refugiarse debajo de un abeto; pero fué un remedio de corta duración, porque muy pronto las ramas comenzaron a llover como fuentes, y estar debajo de ellas era lo mismo que estar debajo de una cascada. Y en el entretanto, el cielo se ponía cada vez más negro; no se trataba desgraciadamente de una lluvia pasajera, y por consiguiente, no quedaba más recurso que dirigirse hacia la cabaña, distante unos diez minutos, y buscar en ella refugio seguro. Y poniendo en ejecución el pensamiento, Maya, empapada en agua, echó a correr sobre las rocas y sobre la hierba, por debajo de los árboles que crujían; pero al llegar a un claro, asaltáronla con tal furia el viento y el agua que, cegada por la lluvia y con las ropas pegadas al cuerpo, le fué imposible por un momento seguir adelante, hasta que habiendo calmado un poco la tormenta, prosiguió su carrera, y calada hasta los huesos, sin aliento, pero siempre sonriente, pudo precipitarse en la choza, seguida de su fiel cuadrúpedo.

Aquella choza, distante media hora de la casa forestal de Odensberg, estaba situada en medio del bosque: durante el invierno, cuando había mucha nieve, destinábanla a guardar las provisiones para los animales y para servir de cebo a los famélicos; pero en la primavera quedábase vacía y no se la utilizaba. A los dos fugitivos, sin embargo, parecióles un asilo bendito, tanto más cuanto que con su techo resistente y con sus dos ventanitas cerradas ofrecía un refugio seco y seguro.

Maya se sacudió el agua, que mojó el suelo a su alrededor, y luego se quitó el sombrero. El impermeable no se había calado, pero el sombrero, con las plumas y las cintas, habíase convertido en una masa informe, irreconocible. También el pobre Puck se hallaba en un estado lastimoso; por todas partes chorreaba agua, y con su pelo, que había perdido todo el brillo y se le había pegado al cuerpo, tenía un aspecto tan lamentable y lastimoso que su dueña, al mirarle, lanzó una alegre carcajada.

— ¡Ah, Puck! ¡Cómo nos hemos mojado!, exclamó. ¡Cómo nos reñirá papá! ¿Por qué no nos hemos quedado en el parque? La culpa fué tuya, que te escapaste hacia el bosque, obligándome a seguirte. Pero no hablemos más de ello y demos gracias a Dios por estar bajo techo; pues, de lo contrario, habríamos tenido que ir a nado hasta Radefeld y Egberto habría tenido que hacerse cargo de nosotros.

Y decía esto riendo y persiguiendo a Puck con el pobre sombrero en la mano.

Después de dar algunas vueltas por la pequeña

cabaña, Maya se detuvo jadeante, tiró el sombrero sobre el banco adosado a la pared, cubrióse la cabeza con la capucha del impermeable y se sentó mirando desde la ventanita cómo diluviaba.

El agua seguía cayendo con tal violencia y el viento agitaba con tanta fuerza los árboles y la cabaña, que no era cosa de pensar en volver todavía a casa. Maya, pues, se resignó a pasar quién sabe cuántas horas distraída con la ventana y con el perrito, que con la nariz asomada a la gatera de la puertecita contemplaba la lluvia que caía.

De pronto apareció entre los árboles un hombre que, deteniéndose un instante, miró en torno suyo como para orientarse, y luego se lanzó a paso de carga hacia la cabaña, salvando de un salto el pequeño lago formado delante de ésta y abriendo la puerta con tal furia, que el curioso Puck retrocedió despavorido, si bien luego, recordando su deber, avanzó ladrando hacia el forastero.

— ¡Calma, calma, animalito!, exclamó éste riendo. ¿Eres tú el amo de esta casa encantada, ó es el hombrecillo gris de los bosques, que está recostado en aquel banco?

Y se bajó para coger al perro; pero Puck se refugió junto al banco, de donde salió una carcajada armoniosa, acompañada de una voccecita que decía:

— El hombrecillo gris le da las gracias.

El recién llegado quedóse sorprendido: aquella no era la voz de un hijo de labriegos ó de carboneros, como había creído en un principio. Trató entonces de ver mejor; pero entre la poca luz de la cabaña y la capucha echada sobre la cara, no pudo distinguir más que una boquita sonrosada, una naricita graciosa y dos ojos oscuros que le miraban con curiosidad.

El intruso era un joven de unos veinticuatro años, guapo, de cara alegre, leal, con ojos claros y cabellos oscuros y rizados. El temporal lo había puesto como nuevo: no llevaba impermeable y el traje gris de viaje estaba empapado, y cuando se quitó el sombrero para saludar, cayeron de las alas dos chorros de agua.

— Ruego a usted, dijo sombrero en mano, que permita descansar un momento a un pobre viajero extraviado y calado por la lluvia. Soy un simple mortal, no un ser acuático, como podría suponer cualquiera al verme. ¿Puedo acercarme?

— ¡No pase usted la puerta!, exclamó la voz del rincón. Los hombres del bosque y los espíritus del agua no pueden estar juntos; hasta las fábulas lo dicen.

— ¿Ah, sí? Entonces no me queda más recurso que declarar mi nombre, condición y todas mis otras cualidades terrenales características, para probar que no pertenezco al mundo sobrenatural. Pues bien: soy el conde de Eckardstein, teniente de infantería, hermano del propietario de Eckardstein; me encamino hacia el castillo de mi hermano y he dejado el carruaje en Radefeld para atravesar a pie el magnífico bosque de Odensberg; pero me ha sorprendido este nublado que se ha deshecho sobre mí en duchas gigantes, poniéndome en tal estado que cualquiera podría creer que pertenezco al mundo de la fábula. ¿Me he legitimado bastante?

— Sí. ¿De modo que, después de seis años de ausencia, Víctor de Eckardstein vuelve al fin a su casa?

El joven se estremeció, y a pesar de la prohibición avanzó un paso, preguntando:

— ¿Me conoce usted?

— Los hombres del bosque son omniscientes.

— Pero no permanecen invisibles cuando consienten en hablar con los pobres mortales. ¿No puedo ver quién se esconde debajo de esa capa gris?

E hizo un movimiento, una nueva tentativa para ver el rostro del ser misterioso; mas fué en vano, porque surgió rápidamente una manecita sonrosada que todavía bajó más el capuchón, hasta el punto de dejar visible solamente la punta de la nariz. Otra carcajada como el trino de una alondra salió de debajo de la capucha y la voccecita dijo:

— ¡Adivínelo, señor conde!

— ¡Imposible! ¿Cómo puedo adivinar? ¿Quién puede ser de Eckardstein ó de Odensberg..., porque estamos en tierra de Odensberg... ó...

Y se detuvo esperando una respuesta; pero sólo le contestaron:

— ¡Adivínelo, señor conde!

El conde comprendió que de este modo nada descubriría; la risa argentina y la voz fresca le habían convencido de que estaba hablando con una muchacha muy joven que jugaba con él al escondite. Por esto recurrió a otro medio é hizo un profundo saludo, ocultando con esta actitud una sonrisa maliciosa.

— Creo haber adivinado; me parece reconocer la voz y la figura. Si no me equivoco, tengo el honor de hablar con la baronesa Corona de Schmettwitz.

El hombre de los bosques, lanzando un grito de despecho, dió un brinco, se quitó el capuchón dejando escapar una cascada de cabellos de oro que se esparció sobre la capa gris, y de aquel marco luminoso surgió, rojo de indignación, el bellísimo rostro de Maya. ¡Parecerse á Corona de Schmewitz, á aquella vieja solterona de cuarenta años, alta de hombros y de voz ronca! Maya miró al conde como si quisiera matarlo con los ojos. El joven no había creído ni por un momento encontrarse realmente en presencia de la vieja antipática; pero tampoco había sospechado que la capa gris escondiera á una muchacha tan encantadora; así es que se quedó petrificado, como la imagen de la admiración, con la mirada fija en la visión poética que aún se le ofrecía más vaga y luminosa en aquel rincón sombrío. De pronto brilló en sus ojos un recuerdo y con voz llena de júbilo exclamó:

— ¡Niña Mayal, pero añadió en seguida corrigiéndose: perdone, señorita, que la haya llamado así, pero me he acordado de repente de cuando era niño.

— Sí, repuso Maya riendo alegremente, cuando iba vestida de corto y con las largas trenzas colgando por la espalda. Usted entonces me tiraba de ellas..., pero aquello no era nada comparado con lo que acaba usted de hacer. Ahora estoy furiosa con usted. ¡Cómo! ¡Creer que yo fuese Corona de Schmewitz!

— Ha sido una estratagema de guerra que espero me perdonará, porque era el único medio de descubrir la verdad. ¿De veras cree que la he tomado por Corona de Schmewitz? Me acuerdo bien de aquella vieja antipática, angulosa de figura y de voz, con aquellos hombros subidos... ¡Pobrecita! Siempre que la veía echaba á correr... ¡Ea! No esté enfadada con el compañero de Enrique... que también lo era de usted.

— Sí, se dignaba usted á veces jugar con «niña Maya»; pero ahora este nombre es lo único que le ha quedado presente en la memoria, dijo la joven, echándose atrás el cabello.

— No, me ha quedado presente algo más; de lo contrario, ¿cómo habría podido reconocerla en seguida, apenas se quitó la capa misteriosa?, preguntó el conde mirando fijamente aquel lindo semblante. Por otra parte, pensaba ir mañana mismo á Odenberg; sé que ahora está allí Enrique.

— Sí. Y ¿ya sabe usted que mi hermano se casa? — He recibido la participación hace pocos días y aún no le he mandado la enhorabuena; pero no importa, iré á felicitarle de palabra. Entretanto, dígame..., tengo que hacer á usted tantas preguntas, quiero saber tantas cosas, y precisamente ahora... que tenemos tiempo...

— ¡Qué hemos de tener!, exclamó Maya mirando por la puerta abierta. ¿No ve? Comienza á despejarse y ya no llueve..., ha pasado la tormenta.

El conde se asomó á la puerta y miró al cielo con gran desaliento. El diluvio de antes había parecido despiadado, pero más cruel aún le parecía aquel cambio.

— Es verdad, en este momento no llueve, pero ya verá dentro de poco cómo vuelve á diluviar, dijo lleno de esperanza. Esperemos á que pase ese otro aguacero.

— No, de ningún modo; aprovecharé este intervalo para echar á correr hacia mi casa. Ven, Puck, corramos.

— En este caso también correré yo, dijo el conde riendo. ¡Ah! ¿Se llama Puck ese enemigo mío que quería negarme la hospitalidad en la cabaña? Ven, gritón, ven que nos conozcamos.

El perro hasta entonces no sabía si debía considerar al conde como enemigo ó amigo y había estado contemplándole con cierta altanería; pero ahora que el joven le llamó por su nombre y con la mano, no vaciló, y tomando valientemente una resolución, se le acercó confiado y se dejó acariciar como si de un antiguo conocido se tratara.

Maya, en tanto, púsose nuevamente la capucha, cogió el sombrero mojado, y seguida de Víctor y del perro salió de la cabaña. Había cesado la lluvia, pero seguía soplando el viento que agitaba los árboles sobre las cabezas de los dos jóvenes, arrojándoles una ducha continua que caía de las ramas. La senda habíase convertido en arroyuelo, de modo que Maya y el conde prefirieron abrirse camino entre los árboles pisando el musgo húmedo y saltando por encima de las raíces de los viejos troncos, hasta que llegados al torrente del bosque lo encontraron tan crecido, que cubría los puentecillos de tablas, lo cual les obligó á pasarlo por las rocas que por encima del agua asomaban. Pero en la travesía, el torpe Puck, perdió el equilibrio y cayó en el agua lanzando un grito de espanto, al que respondió otro grito no menos doloroso que desde la otra orilla dió

su dueña, grito tan conmovedor, que el conde se metió en el torrente, agarró á la pobre bestezuela que se agitaba en el agua y se lo llevó á Maya, que acogió al valeroso salvador con vivo agradecimiento.

Aquel paseo fué una serie de aventuras. Un corpulento árbol caído en mitad del camino les obligó á desandar algunos pasos; Puck, que en un momento dado quiso descansar un poco entre los árboles que goteaban, puso á prueba la paciencia de ambos jóvenes, y algún tiempo se empleó también en sacar el impermeable de Maya de entre las ramas en donde había quedado cogido. Al llegar á un claro del bosque encontráronse de pronto delante de un manzano silvestre en plena florecencia; aquel árbol cubierto de flores en medio de la selva era una visión poética. Maya dió un grito de admiración y se detuvo delante del manzano, y el conde, queriendo hacer gala de sus habilidades gimnásticas, dió un brinco para coger una rama florida, pero quedóse colgado y no pudo volver al suelo sino á costa de una manga rota. La ramita llena de flores pudo ser salvada; el joven miró á su compañera, pero se guardó el florido cetro... Y cada vez más alegremente continuaron su camino corriendo, saltando, riendo entre un fuego graneado de preguntas y respuestas, de recuerdos y exclamaciones, que hacían revivir los pasados tiempos de la infancia, de la primera juventud. A su alrededor la niebla envolvía los abetos; el cielo seguía obscurecido por negras nubes; todo era sombrío, todo triste, y sin embargo, á aquellos dos jóvenes les parecía atravesar una atmósfera luminosa, dorada... Si llevaban en el corazón el sol de la juventud, el sol de la felicidad, ¿qué les importaba del viento ni de la tormenta?

Así llegaron al parque de Odenberg: Maya se dirigió á la puertecita por donde había salido pocas horas antes; pero en el momento en que levantaba la mano para abrirla, asomó impetuosamente por ella Oscar de Wildenrod.

— ¡Maya! ¿Cómo se ha atrevido á salir con este tiempo y sola?..

Mas al decir esto se detuvo viendo que con la joven iba un desconocido.

Maya refése alegremente.

— ¿Ha creído, por ventura, que Puck y yo nos habíamos perdido en el naufragio? Pues no, señor, hemos salido con vida y aun hemos encontrado compañía. ¡Pero ahora caigo en que no se conocen ustedes! El conde Víctor de Eckardstein, el barón de Wildenrod, futuro cuñado de mi hermano.

El barón correspondió con cierta gravedad al cordial saludo de Eckardstein, el cual dijo sonriente:

— Tengo mucho gusto en conocer á usted, barón, por más que me presente en condiciones poco regulares; pero crea usted que tengo la costumbre de estar más seco. No esperaba hoy ser presentado á nadie y pensaba únicamente acompañar á la señorita Dernburg hasta la entrada del parque y luego despedirme de ella.

— ¿No quiere usted entrar á saludar á papá y á Enrique?, preguntó Maya.

— No, señorita; en este estado no puedo entrar en casa Dernburg; vendré mañana... si puedo, añadió tratando de encontrar la mirada de la joven, quien repuso en tono de chanza:

— ¿Teme usted que yo se lo prohíba?

— ¡Quién sabe! Los hombres de los bosques y los espíritus del agua no están bien juntos, usted misma me lo ha dicho. Sin embargo, me atreveré. En tanto, acepte usted este símbolo de paz; ya sabe usted á qué precio lo he obtenido.

E inclinándose ligeramente, le ofreció la rama de flores de manzano.

Wildenrod escuchaba silencioso, pero sin apartar la vista de los dos muchachos, y parecía sorprendido del tono de confianza de la conversación. Cuando el conde se despidió, no tuvo para él más que unas pocas palabras frías, y cuando hubo entrado con la joven en el parque, dejó que la puerta se cerrase por sí misma, y volviéndose hacia aquella le preguntó:

— ¿Tiene usted mucha intimidad con ese caballero, Maya?

— ¡Ya lo creo!, respondió ésta sencillamente. Víctor era el compañero, el amigo de Enrique y hemos jugado muchas veces. Hasta hace cinco ó seis años estábamos siempre juntos, y ahora he tenido una gran alegría de volverlo á ver.

— ¿Ah, sí?, repuso el barón volviéndose para contemplar la esbelta figura del conde, que desaparecía por entre los árboles.

Maya mientras proseguía ingenuamente:

— ¡Si pudiese llegar hasta mi cuarto sin que me descubrieran! ¡Cómo se enfadaría papá si me viese!

— Sí, la iría... y yo también debo reprenderla, Maya. ¡Qué imprudencia! Cuando estalló la tor-

menta bajé al jardín á buscarla, y el jardinero me dijo que hacía una hora que se había usted marchado al bosque. ¡Oh, Maya, Maya! ¿Cómo se le ocurrió tal idea? ¿No pensó que su familia estaría inquieta..., que yo mismo sentiría gran angustia?

Al oír esta pregunta, la joven se ruborizó.

— ¡Oh! No había motivo para ello. Aquí todo el mundo me conoce.

— No importa; no debe usted alejarse sin ir acompañada. ¿Me lo promete usted, Maya?.. Y en prenda de su promesa, déme esto, dijo cogiendo como en broma el ramo florido.

Maya le miró asustada.

— ¿Mi ramo? ¿Por qué?

— Porque se lo ruego.

Pero aquel no era el acento de la súplica; era un mandato en regla, y Maya se sintió de pronto impulsada á rebelarse.

— No, Sr. Wildenrod; estas flores son mías.

Los ojos del barón centellearon de rabia; no esperaba que aquella «niña» se negase á obedecerle, y por esto decidió vencer á toda costa.

— ¿Tanto le interesa?, preguntó con amarga ironía. También al conde le interesaba... ¿Acaso ese «signo de paz» tiene un significado secreto para ustedes dos?

— Es una broma y basta. Víctor es un amigo tan antiguo...

— Al paso que yo soy un extraño: esto es lo que usted quiere decir, lo comprendo.

Los dos bellos ojos negros se alzaron hasta fijarse en el rostro del barón y le miraron entre suplicantes y sobresaltados.

— No, Sr. de Wildenrod, no quería decir eso, se lo aseguro á usted.

— ¿No? Y sin embargo, Víctor es Víctor á secas, en tanto que yo soy siempre «el Sr. de Wildenrod.» ¡Cuántas veces le he rogado que pronunciara siquiera una vez mi nombre! Pero nunca he podido oírlo de sus labios.

Maya se quedó suspensa con las mejillas encendidas y los ojos bajos, sintiendo la mirada de fuego que por entero la envolvía.

— ¿Tanto le cuesta llamarme por mi nombre? Y sin embargo, pronto seremos casi parientes... ¿De veras le cuesta tanto, Maya? Pues bien: si algo le impide llamarme así, renunciaré á mi deseo; pero ahora, quiero oír mi nombre pronunciado por usted... ¡Vamos, Maya!

Hubo una pausa de un segundo, y luego la joven murmuró con acento tembloroso y apenas inteligible:

— ¡Oscar!

Radiante de felicidad el barón hizo ademán de coger á Maya entre sus brazos; pero se contuvo y sólo le cogió la mano que temblaba.

— ¡Ah fin! Y ahora un segundo ruego.

— ¡Sr. de Wildenrod!..

— Déme ese ramo que otro le ha dado y que por esta razón no quiero ver en sus manos. Se lo ruego, ¡démelo usted!

Maya no se resistía ya; inconscientemente, fascinada por aquellos ojos y por aquella voz, le entregó el ramo.

— ¡Gracias!, exclamó Oscar encerrado en esta única palabra tesoros de ternura.

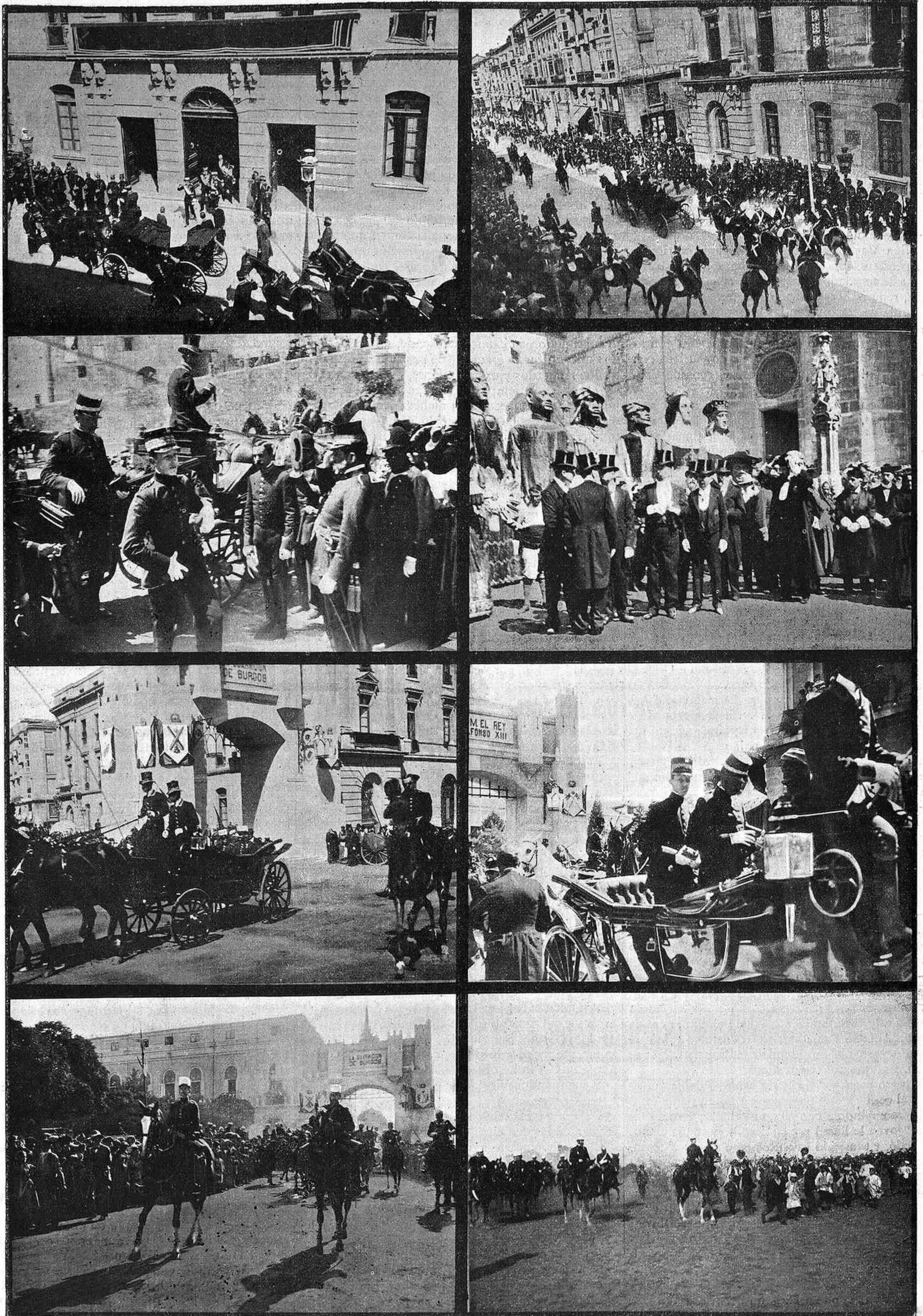
En aquel momento asomóse á una ventana la señorita Friedberg, la cual viendo á su discípula en aquel estado exclamó juntando las manos:

— ¡Maya, por amor de Dios! Venga usted en seguida. ¡Salir con este tiempo! Qué, ¿no sabe que así se puede pillar una enfermedad mortal? ¡Pronto, pronto, venga á cambiarse de ropa! ¡Oh, Sr. de Wildenrod!..

— Eso le estaba diciendo, replicó sonriendo Oscar. ¡Pronto á casa!

Cuando se quedó solo, alejóse el barón lentamente, con semblante sombrío y fruncida la frente, contemplando con torva mirada el ramo que en su mano tenía. Por vez primera surgía un peligro en la marcha de su proyecto. La inesperada llegada de aquel joven podía ser fuente de nuevos é imprevistos acontecimientos que redundaran en daño... ¿de quién? De Oscar de Wildenrod... ¿Y qué hacer en tanto? Wildenrod comprendía que las simpatías de Dernburg no eran bastante seguras para que pudiera hablar... Dernburg no habría vacilado en negar la mano de su hija adorada á un hombre mucho más viejo que ella... ¡Y precisamente ahora se presentaba aquel «Víctor» aquel amigo de infancia con todos los recuerdos comunes de los primeros años! Wildenrod, sin embargo, irguió la cabeza; sus ojos brillaban con expresión de triunfo. Maya merecía una lucha. Y él se reía de aquel jovencito de ojos dulces. ¡Ay de Víctor si le estorbaba en su camino!

(Continuará.)



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Burgos. - El rey saliendo del palacio de la Diputación. - El rey dirigiéndose á la catedral. - El rey á la salida de la catedral. - Comisiones saliendo de la catedral. - El rey saliendo de la visita de los cuarteles. - El rey y el príncipe de Asturias sacando fotografías de los gigantones y enanos. - El rey dirigiéndose al campo de Gamonal. - El público aclamando al rey en el campo de Gamonal (de fotografías de D. Alfonso Vadillo).



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. - Burgos. - En el campo de Gamonal. - El rey y su Estado Mayor revistando las tropas. - El rey ordenando un movimiento de infantería. - El rey en el campo de tiro. - El rey presenciando los ejercicios de tiro al blanco (de fotografías de D. Alfonso Vadillo)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BURGOS

Como en el número último describimos la estancia del rey en Burgos, estimamos ocioso acompañar con una explicación detallada las interesantes foto-

grafías que en esta y en la anterior página reproducimos y que dan perfecta idea de los principales episodios de la visita de D. Alfonso XIII á aquella capital.

Varias de las vistas que publicamos son de la revista que el joven monarca pasó de las tropas en el

campo de Gamonal, en donde dirigió varias maniobras y presenció los ejercicios de tiro al blanco.

Las fotografías nos han sido remitidas por don Alfonso Vadillo, á quien enviamos la expresión de nuestra más sincera gratitud por la atención dispensada á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Venta annual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada



NESTLÉ

ALIMENTO COMPLETO
 para Niños y Viejos.
 Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

GATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

MEDICAMENTO - ALIMENTO

El más poderoso **REGENERADOR**

Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.*

102, Rue Richelieu, PARIS

Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

VINO NOURRY

ANEMIA
 DEBILIDAD
 LINFATISMO y
 ENFERMEDADES
 del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILLOLE DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

SEGURO

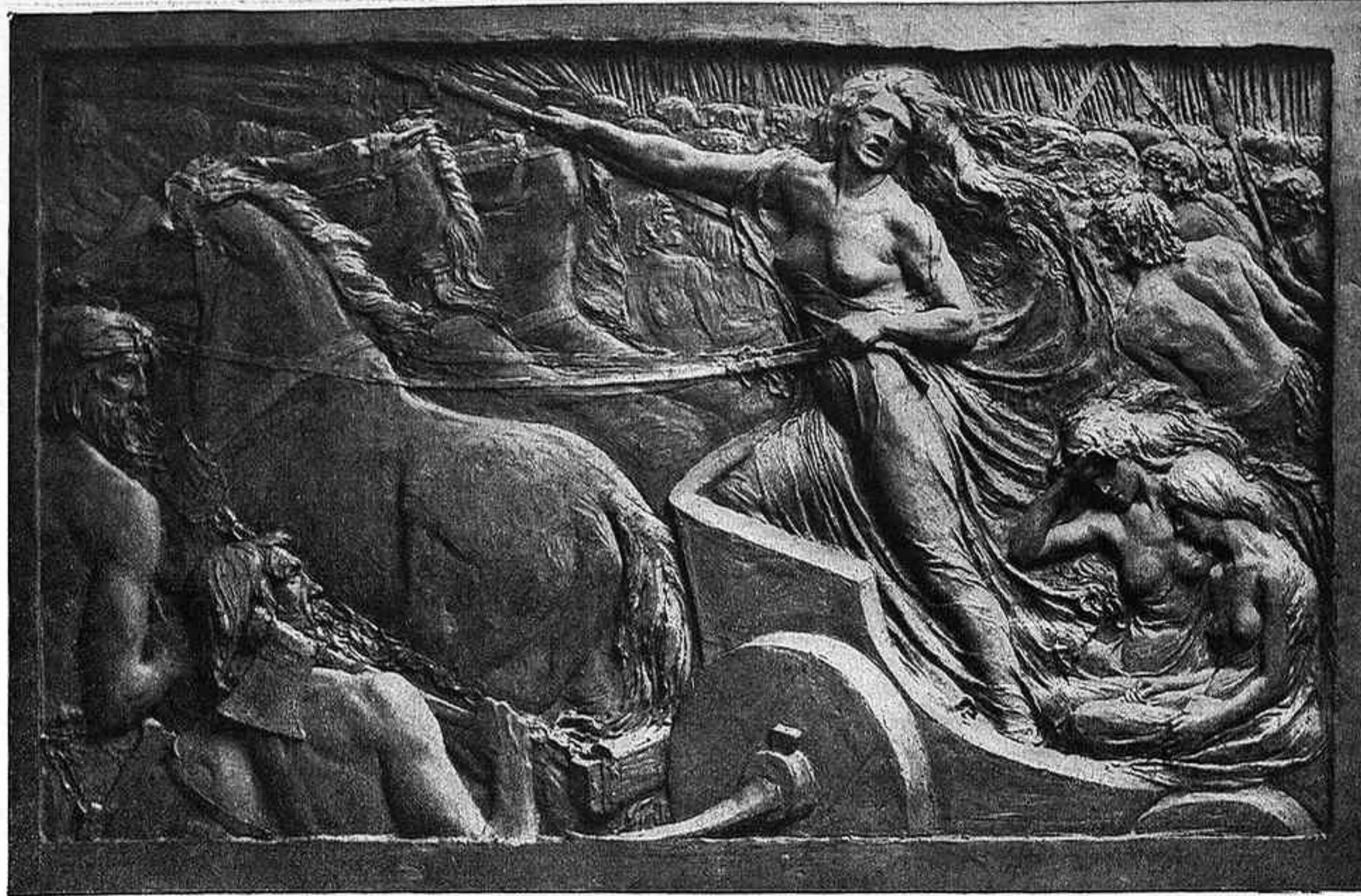
CONTRA LOS ACCIDENTES
EN LOS FERROCARRILES

Los ferrocarriles pertenecientes al Estado francés, de acuerdo con una compañía de seguros, han ensayado desde hace algún tiempo un sistema de seguros contra los accidentes, que tiene mucha analogía con las que funcionan en otros países y especialmente en Inglaterra.

Un simple ticket de seguro, que por 10 céntimos puede adquirir todo viajero portador de un billete, de una tarjeta de abono ó de cualquier título de circulación, da derecho, en caso de accidente, á una de las siguientes indemnizaciones:

Muerte: un capital de 10.000 francos, pagadero á la viuda ó á los hijos, y en defecto de éstos, á los ascendientes, hermanos ó sobrinos á quienes mantuviera el fallecido.

Heridas: de primer grado (pérdida de la vista, ó de dos miembros ú otra similar),



BOADICEA EXCITANDO Á LOS BRETONES Á VENGAR EL ULTRAJE INFERIDO Á SUS HIJAS, relieve de C. J. Pibworth

10.000 francos; de segundo grado (pérdida de un miembro, de un pie, de una mano), 5.000 francos; de tercer grado (pérdida de un ojo ó de varios dedos), 2.500 francos. Además, por incapacidad temporal, recibe el herido 5 francos diarios mientras dura la incapacidad con un máximo de 180 días.

El que desea obtener, en caso de una desgracia, una indemnización más cuantiosa, puede tomar varios tickets hasta el máximo de 10, teniendo entonces derecho á una de las indemnizaciones indicadas multiplicadas por el número de tickets que ha adquirido. Únicamente la indemnización por incapacidad para el trabajo es siempre la misma, es decir, 5 francos diarios.

Para los viajes de larga duración y para los abonos de obreros hay establecidas condiciones especiales.

Los tickets se pueden adquirir en las estaciones de importancia, en donde se facilitan en un despacho especial.

Esta innovación ha sido tan bien acogida por el público, que es de esperar que pronto la adoptarán las demás compañías ferroviarias francesas.--X.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN -- PARIS
165, Rue St-Honoré, 115
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion
que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. -- Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las
Personas que conocen las
PÍLDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 paginas
Se envian prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES
DEL
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
-- LAIT ANTÉPHELIQUE --
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARBOSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et C^{ie} B^{is} St-Denis, 16

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *Intestinos*, los
Espustos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. -- DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. -- 50 Años de éxito.
HIERRO QUEVENNE